

La Ilustración Artística

Año XIV

BARCELONA 4 DE MARZO DE 1895

Núm. 688

ADVERTENCIA

Con el próximo número de "La Ilustración Artística," correspondiente al día 11 del corriente mes de marzo, repartiremos á nuestros abonados el tomo II de la notable obra AMÉRICA.—HISTORIA DE SU COLONIZACIÓN, DOMINACIÓN E INDEPENDENCIA, escrita por D. José Coroleu.

Como los señores suscriptores que lo son desde principio de este año no poseen el tomo primero de tan notable

obra, publicado el año pasado, les invitamos á que lo adquieran, para no tenerla trunca, por el precio de CINCO pesetas, ÚNICO PARA LOS SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL.

En el caso de que á algún suscriptor no le conviniese su adquisición, podrá elegir, en sustitución del expresado tomo segundo de la "Historia de América," entre cualquiera de las siguientes obras:

LOS ECOS DE LAS MONTAÑAS, escrita por don José Zorrilla y profusamente ilustrada por Gustavo Do-

ré, LOS MISTERIOS DEL MAR, ó LA GUERRA FRANCO-ALEMANA (1870-1871), escrita por el mariscal conde de Moltke, con preciosos grabados intercalados en el texto.

Por nuestra parte nos permitimos aconsejarles que no dejen de completar la preciosa é interesante obra AMÉRICA.—HISTORIA DE SU COLONIZACIÓN, DOMINACIÓN E INDEPENDENCIA, en vista de la entusiasta acogida que ha tenido el tomo primero, único que hasta ahora hemos repartido.



SAINETES MATRITENSES

El porvenir descubierto, dibujo de Méndez Bringa

SUMARIO

Texto. - *Sainetes matritenses. El porvenir descubierto*, por A. Danvila Jaldero. - *Los soldados de la Independencia. Las mujeres*, por Eduardo Zamora y Caballero. - *Semblanza. Narciso Serra*, por F. Moreno Godino. - *El baile de trajes del Círculo Artístico*, por X. - *Nuestros grabados.* - *La Cabellera de Magdalena* (continuación), novela original de Juan Rameau, con ilustraciones de Marchetti. - *Alejandro Schneider y sus obras*, artículo ilustrado con cuatro grabados.

Grabados. - *Sainetes matritenses. El porvenir descubierto*, dibujo de Méndez Branga. - *Las últimas flores*, escultura de G. van der Straeten. - *Lola Kirschner*, célebre novelista bohemia, conocida con el seudónimo de Ossip Schubin. - *Narciso Serra.* - *Baile de trajes organizado por el Círculo Artístico y celebrado en el teatro Lírico en la noche del 25 de febrero último.* - *Tejedoras de Constantina*, cuadro de Lucas Robiquet. - *Vistas de Villajoyosa. Abside de la iglesia parroquial. Torreón en la plaza. Almadraza del NE. Vista por el Nordeste. Diligencia en la plaza. «La Costera.» El río. Camino de los ribazos en el río. Hilandero junto al río*, grupo de nueve grabados de fotografías de Leopoldo Soler y Pérez. - *Dr. D. José Evaristo Uriburu*, presidente de la República Argentina. - *El archiduque Carlos Alberto de Austria*, fallecido en 18 de febrero último. - *El célebre crítico y escritor francés Augusto Vacquerie*, fallecido en 19 de febrero último. - *El célebre dibujante alemán Alejandro Schneider.* - *Otra vez frente a frente: Una cosa es necesaria...: El sentimiento de la servidumbre*, tres cartones dibujados por Alejandro Schneider. - *Madagascar. Proclamación de la guerra en Antananarivo después de la retirada del residente francés.*

SAINETES MATRITENSES

EL PORVENIR DESCUBIERTO

Habitación de la calle del Tribulete, pobre, pero cursi.

I

DOÑA GERTRUDIS, jamona de rompe y rasga, ostentando en orejas y dedos brillantes americanos como garbanzos, aparece sentada ante una mesilla cubierta por verde bayeta con alguno que otro lamparón. Sus ojos azules contemplan una baraja desparramada sobre el tapete, como interrogando los ignotos misterios del porvenir. Suena una campanilla que parece un esquilon: óyense pasos, y se presenta la ANGUSTIAS, representante dignísima del gremio de pitilleras.

GERTRUDIS. - ¡Alante! Pase usted, señora.

ANGUSTIAS. - Felices. ¿Es usted la que echa eso?

GERTRUDIS. - Sí, hija; tome usted una sillita. (Aparte.) Ya cayó una pescadilla.

ANGUSTIAS. - Pus yo venía porque la Generosa me dijo, dice: «Hija, pa lo que te pasa naide mejor que doña Gertrudis, que adevina too lo ocurto.» Y yo dije, digo: «Pus allá me voy.» Pero me han dicho que lleva usted diez riales, y la verdaz, que eso me parece mucho, porque una, es una probe.

GERTRUDIS. - Mire usted, medio duro es ya la última clase, y no se puede bajar.

ANGUSTIAS. - Ande usted, que ya viene aquí gente de parné, y al señorío le puede usted meter mano; tan y mientras que á una, que una semana trabaja y otra no...

GERTRUDIS. - Bueno, por ser usted y con condición de que no dirá por ahí que la rebajo...

ANGUSTIAS. - ¡Ni que decir tiene, señora!

GERTRUDIS. - Pues dé usted dos pesetas.

ANGUSTIAS. - ¡Señora! Pus vaya una conomía... ¿En una no estará bien? Pa lo que á usted le cuesta...

GERTRUDIS. - Oiga usted, ¿qué se ha figurao usted, que soy una titiritera de esas que andan por las plazuelas?

ANGUSTIAS. - No se amosque usted, que no es pa tanto. Seis riales, y no hay que hablar más.

GERTRUDIS. - En fin, ya que usted ha venido...; pero ya le digo que no ha de decirlo á nadie.

ANGUSTIAS. - Tome usted. (Doña Gertrudis suena las monedas.) No tenga usted reparo; la peseta es buena, sólo que el nene tiene una hoja en la nariz.

GERTRUDIS. - Sí, ya lo veo. Ahora usted dirá lo que desea saber.

ANGUSTIAS. - Pero, hija, yo creí que usted lo decía too.

GERTRUDIS. - Nada hay oculto para mí; pero si una fuera á descubrir todo el sino de las personas que vienen aquí, apañá estaba, ni en tres meses acabaríamos.

ANGUSTIAS. - Güeno, pus mire usted, yo le diré á usted lo que más me precisa. No sé si usted conocerá al Momia...

GERTRUDIS. - No recuerdo á ese caballero.

ANGUSTIAS. - Lo que es cabayero, mayormente no lo es, porque me hace ca perrá; pero es muy barbián, y yo le tengo ley, que sinó... Pus pa San Isidro pasao hizo un año que estamos en relaciones, ¿sabe us-

ted?.. Porque en la praera me regaló un pito y un Castelar de yeso de esos que dicen que sí con la cabeza. Pus él es periodista; lo cual que tiene mucha de la suerte, porque hay días que se vende sus tres veinticinco de *Liberales* y *Globos*, amén de las *Lidias* y *Blancos* y *Negros*, decetera, porque en el café del Este tiene un cajón de *buten*, y eso que con el *moro-polio* de las *ceriyas* ha perdío lo menos dos pesetas diarias un día con otro y los domingos...

GERTRUDIS. - Vamos al grano.

ANGUSTIAS. - Pus el grano es que hace tres días que no ha parecido por casa, ni por el cajón, y el echaor del café me dijo que unos parroquianos le habían visto en la Bombilla de juerga con unos y con unas, y yo quiero saber si me ha faltao y con quién y toas las *cercunstancias* que hacen al caso, pa sacarle los ojos en cuanto que lo vea, si es caso que le vuelvo á ver al ladronazo.

GERTRUDIS. - Ya estoy al cabo de la calle. Corte usted tres veces esta baraja. Ahora de este montón saque usted tres cartas; así, bueno. Ahora mucho silencio, que voy á comenzar. Baraja, barajita, que bien barajada estás... - por la estrella de Venus - y los tres Reyes Magos, - que me digas los sucesos, - ya buenos, ya malos...

ANGUSTIAS. - ¿Y diga usted?..

GERTRUDIS. - ¡Psh! ¡Atención! El caballo de copas, que sale el primero, indica un hombre aficionao á la bebida.

ANGUSTIAS. - ¡Ya lo creo, como agua!

GERTRUDIS. - El tres de oros..., con dinero; otro caballo..., se reune con un amigo valiente, porque es de espadas.

ANGUSTIAS. - Sí, ese debe ser el *Aleluya*.

GERTRUDIS. - Estas cartas iguales indican que se pusieron de acuerdo para ir de juerga. Mire usted, estas dos sotas son las mujeres que fueron con ellos.

ANGUSTIAS. - ¿Quiénes son?

GERTRUDIS. - Una gruesa con bigotillo.

ANGUSTIAS. - ¡Ah! Esa es la Braulia. ¡Condená! Ya me lo figuraba.

GERTRUDIS. - La otra es rubia.

ANGUSTIAS. - ¿Rubia? Esa sí que no caigo. ¿Y no dicen las cartas el nombre?

GERTRUDIS. - Hija, todo no es posible. Aquí tiene usted los bastos, que indican palos.

ANGUSTIAS. - Eso no me extraña, porque el *Momia* tie malas pulgas y le da á *cualsiquiera* una *guantá* más pronto que canta el *gayo*. Mire usted, en la plaza del Callao, hará un mes, le dió una puntera á un *gili* de señorito que venía dándome la lata hache, y hubo la mar de palos y *gofetás*. ¡Poquito que nos réimos, porque *aluego!*.. (Suena la campanilla de la puerta.)

GERTRUDIS. - Bueno: todo eso no hace al caso; han llamado; lo cual que hay que servir á todo el público.

ANGUSTIAS. - Pus que tengan *pacencia*, que yo buen dinero le he *dao* á usted. En fin, á mí lo que más me importa es saber si ese va á volver ó no. ¿Está usted?

GERTRUDIS. - Los dos ases con el rey de oros por cima dicen bien claramente que volverá, á menos que una partida de juego en que correrá mucho dinero no dé por resultado el que no vuelva.

ANGUSTIAS. - ¡Qué me dice usted! Mucho dinero no será; porque *toos* los que se han *ajuntao* están más *tronaos* que las ratas. Pero diga usted, ¿él sigue en lo de casarse conmigo?

GERTRUDIS. - Estas tres cartas lo han de decir. Escoja usted una. El as de copas. Bueno: pues indica que ocurrirán muchas peripecias y que la cosa es muy dificultosa. Si usted quiere saber más del porvenir hay que echar el gran juego de Constantinopla, y eso cuesta tres pesetas.

ANGUSTIAS. - ¡Quiere usted *cayar*, señora! ¡Si tres pesetas no vale él y *toa* su casta!

GERTRUDIS. - ¡Juan, que pase otro!

ANGUSTIAS. - Eso quiere decir que ya estoy de más aquí. ¡Lástima de seis riales! Pa lo que hemos sacao en claro...

GERTRUDIS. - Hija, poco dinero, poco meneo.

ANGUSTIAS. - ¡Claro! Pa meneo el que yo le voy á dar á la *indina* de la Braulia, ¡y de balde! Con Dios.

GERTRUDIS. - (Aparte.) ¡Andar y que os ahorquen á todos!

II

D. NICOLÁS CHICHARRÓN, caballero (al parecer) aunque algo deteriorado, á juzgar por lo apabullado de la chistera y lo raído de su gabán de color de canela.

D. NICOLÁS. - ¿Se puede?..

GERTRUDIS. - Pase usted, caballero.

D. NICOLÁS. - ¿Es usted doña Gertrudis, la que echa las cartas á precios módicos?

GERTRUDIS. - Servidora.

D. NICOLÁS. - Muy señora mía. ¿Usted á mí no me conocerá?

GERTRUDIS. - No tengo el honor...

D. NICOLÁS. - Pues bien: yo soy Chicharrón (don Nicolás), tenedor de libros, jubilado de la Sala de Ultramar del Tribunal de Cuentas del Reino, con cuarenta años de servicios.

GERTRUDIS. - Por muchos años.

D. NICOLÁS. - Y usted que lo vea. Pues bien: yo ando tras un pez gordo.

GERTRUDIS. - ¿Es usted pescador?

D. NICOLÁS. - No, señora; ya he dicho á usted que soy jubilado con 66 pesetas y 66 céntimos mensuales con descuento.

GERTRUDIS. - No es mucho.

D. NICOLÁS. - ¡Qué ha de ser! Así que apenas puedo comer berzas, con perdón de usted. Por esta causa me ocupo en buscar el gordo de la lotería. He estudiado mucho el asunto, he cavilado más y estoy á punto de dar en el *quid*. Tengo un libro precioso, titulado *Manual Satánico*, encuadernado en pergamino, que compré en el Rastró por treinta céntimos y que no lo daría por todo el oro de España, si es que en España hay oro, pues yo no he tenido el honor de verlo amonedado hace veintidós años larguitos de talle.

GERTRUDIS. - ¿Y tan bueno es el libro?

D. NICOLÁS. - ¡Vaya! ¡Como que tiene fórmulas hasta para volar!

GERTRUDIS. - ¿Y usted las ha ensayado?

D. NICOLÁS. - Sí, señora; pero al hacer la invocación previa, me dió un dolor de cabeza tan fuerte, que me asusté, y no quise seguir adelante. Pero vamos al caso: el libro tiene también muchas recetas para acertar los premios de la lotería. Lo malo es que no están claras y tiene usted que andar á ciegas, y otras no es fácil hacerlas, como por ejemplo, la que dice: «Cuéntense los dientes á un ahorcado por delito de brujería, multiplíquense por el número de años del reo y se obtendrá el número que se desea.» Pero por mucho que usted busque, ¿dónde encuentra un ahorcado de esa clase?

GERTRUDIS. - Sí, no es fácil; pero encargándolo con tiempo...

D. NICOLÁS. - Por eso me he decidido por otra fórmula que dice: «Búsquese persona perita en echar las cartas y descubrir el porvenir. Pregúntesele el año en que ocurrirá la muerte del ser que más se quiera, y las dos últimas cifras se multiplican por las del año en que nació y se obtendrá el número del premio mayor.»

GERTRUDIS. - D. Nicolás, eso le va á costar á usted veinte reales.

D. NICOLÁS. - ¿No puede ser menos?

GERTRUDIS. - No, señor, porque yo tengo otro libro satánico que pone los precios á cada cosa, y dice que si se rebajan no sale el premio, sino la aproximación.

D. NICOLÁS. - Carillo es; pero, en fin, tome usted las cinco pesetas.

GERTRUDIS. - Corriente. Ahora dígame usted quién es la persona que usted más quiera.

D. NICOLÁS. - Pues el caso es que yo no tengo familia ni nada, ni quiero tampoco á nadie, más que á una perrita que se llama Blanquita, que era de mí difunta; pero como el libro no dice persona, sino ser, creo que sirve para el objeto.

GERTRUDIS. - Sí, señor. ¡Ya lo creo! Voy á sacar la baraja de los grandes misterios, que tiene doble número de cartas.

D. NICOLÁS. - Saque usted todo lo que guste con tal de que salga bien.

GERTRUDIS. - Sí, señor, descanse usted. ¡Vaya! Colóquese usted de pie en medio de la sala, y mientras yo hago la combinación, usted en voz baja y sin que yo le oiga cuenta hasta ciento.

D. NICOLÁS. - Comprendido. (Hace la maniobra ordenada.)

GERTRUDIS. - ¡Así, eso es! Comencemos... «¡Luz de Norte, luz de Sur, luz de Levante y luz de Poniente, venid y reveladme la muerte! ¡Por las potencias infernales! ¡Por Abraham, Sansón y Napoleón!..» Ahora haré tres montones, luego cuatro y luego dos...

D. NICOLÁS. - ¡Ciento! Ya he concluido.

GERTRUDIS. - ¡Al pelo! Elija usted una carta de éstas. A ver: el siete de oros. Muy buen agüero: oros, dinero, fortuna: la Blanquita morirá el año 1897.

D. NICOLÁS. - ¡Pobrecilla! ¡Crea usted que lo siento!

GERTRUDIS. - Con que ya lo sabe usted.

D. NICOLÁS. - Sí, señora: me voy á casa á escape á hacer lo demás, y crea usted que cuando llegue la extracción ya me acordaré de usted. ¡Adiós, señora!

GERTRUDIS. — Vaya usted con Dios, buen caballero. (*Aparte.*) Ya lo creo que te acordarás de mí, y de los veinte reales más.

III

PELAYO, carbonero, á juzgar por la negra costra que encubre su rostro y manos.

PELAYO. — *Buenos días nus dé Dios.*

GERTRUDIS. — Muy buenos. ¿Viene usted á consultar?

PELAYO. — *Vengu pur saber el sinu de mi presona, peru denantes quieru saber cuántus perrus me va á llevar.*

GERTRUDIS. — Según lo que usted quiera saber.

PELAYO. — *Non es mucho. Mire: primeru si subirán las leñas y lus carbonnes este inviernu: segundu si las baquiñas que tengu en la terriña tendrán buen partu: terceru si podré pasar el duru falsu que heredé de mi hermana Turibia.*

GERTRUDIS. — No diga usted más: eso es una tirada grande, que cuesta diez reales.

PELAYO. — ¡Lléveme *oh demo!* ¡Qué carestía! ¡Diez riales; *dos* pesetas y media; *mediu duru!*

GERTRUDIS. — Sí, hombre, sí, cincuenta *perras* chicas.

PELAYO. — ¡Oh, no! Es muy *caru*; *non me determinu.*

GERTRUDIS. — ¿Cuánto daría usted?

PELAYO. — Pues veinte *centimus*.

GERTRUDIS. — ¡Hombre!.. ¡Vaya usted á mandar llover y no me haga perder el tiempo!

PELAYO. — En la puerta de *Tuledu pur cincú centimus* hay *unus pajarines* que sacan un *papelitu cun lu* que *tie* que suceder.

GERTRUDIS. — Pues váyase usted allá, porque aquí no puede ser, *maruso*.

PELAYO. — Entonces, quedar con Dios. ¡Ah! Si la señora *nescita* buen carbón de encina, sin piedras ni tizonas y *baratu*, aquí á la vuelta al *numaro* seis, *preguntandu pur* Pelayo Terneiro...

IV

LEÓN, individuo mal carado, de gran barba, hongo, capa y un respetable garrote con puño de hierro, que entra como Pedro por su casa.

LEÓN. — Buenas... Vamos á ver si me descubre usted el porvenir, pero con mucho salero, ¿eh?

GERTRUDIS. — Sí, señor. (*Aparte.*) ¡Qué poco me gusta este peje! ¿Quiere usted juego grande de cinco pesetas ó el económico de diez reales? Puede usted elegir.

LEÓN. — El que usted quiera; me es igual.

GERTRUDIS. — Es que... el pago es adelantado.

LEÓN. — Pero eso será según y conforme sean las personas. ¿Tengo yo cara de no pagar?

GERTRUDIS. — No, señor; pero la costumbre...

LEÓN. — Por una vez, quién lo va á saber. Además que me propongo que quede usted contenta, muy contenta.

GERTRUDIS. — Lo dice usted con un retintín...

LEÓN. — Señora..., yo soy muy formal y no me guaseo de cosas tan serias.

GERTRUDIS. — Pues si ha venido usted á tomarme el pelo, se ha equivocado.

LEÓN. — Señora..., ¿Cómo puede usted suponer eso, cuando soy un compañero?

GERTRUDIS. — Hombre, en efecto, esa cara no me es desconocida.

LEÓN. — ¡Vaya! Como que yo también adivino el porvenir, y ya que usted no quiere decirme nada si no suelto la *guita*, voy á darle una muestra de mis conocimientos. Venga una baraja.

GERTRUDIS. — ¡Pero caballero!..

LEÓN. — Nada; déme usted las cartas, y verá usted cosa buena. Cortaré por cualquier lado. El as de espadas: ya tenemos un dato. Usted es natural de Palencia.

GERTRUDIS. — Sí, señor.

LEÓN. — Adelante. El dos de oros me dice que su nombre de pila no es Gertrudis, sino Sinforosa, de apellido García y de mote la *Urraca*.

GERTRUDIS. — Pero...

LEÓN. — No hay pero ni camueso. ¡Si soy un gran maestro!

GERTRUDIS. — Y se ha figurado usted que voy á consentir..

LEÓN. — ¡Silencio! Vea usted el cuatro de copas qué clarito está. Usted ha estado alojada por cuenta del Gobierno en la casa de recreo para señoras de Alcalá de Henares.

GERTRUDIS. — (*Tratando de huir.*) ¡Juan! ¡Juan!

LEÓN. — ¡Quieta, ó le doy á usted un palo! Juanito, alias *Ganzúa*, licenciado de Cartagena, no puede venir, porque lo han *trincado* unos amigos en la portería. Ahora escuche usted y calle; si no, será peor. El caballo de bastos lo descubre ya todo, pues pronostica que por orden del juzgado de guardia, usted en compañía del amigo van á ser conducidos á la plaza de las Salesas.

GERTRUDIS. — Pero ¿qué he hecho yo?

LEÓN. — Conque sabiendo descubrir el porvenir, ¿no lo ha adivinado usted?

GERTRUDIS. — No sé por qué me manda detener el señor juez.

LEÓN. — Pues nada, un capricho de su señoría, que desea que usted le eche las cartas y le dé además datos sobre cierto timo de alhajas hecho á un caballero de Puerto Rico el sábado último.

GERTRUDIS. — ¡Pues tiene gracia la cosa!

LEÓN. — Mucha; y lo más gracioso es que, sin baraja ni nada, yo le pronostico á usted que va á volver á pasar una temporada en aquella casa de Alcalá de Henares que usted sabe.

A. DANVILA JALDERO



LAS ÚLTIMAS FLORES, escultura de G. van der Straeten

LOS SOLDADOS DE LA INDEPENDENCIA

LAS MUJERES

Complemento del artículo consagrado á conmemorar la hazaña del alcalde de Montellano, de la cual dice el general Gómez Arceche que merecía ser inmortalizada en un poema, pareceme oportuno hablar de la parte que las mujeres tomaron en la guerra, no ya excitando á los hombres, padres, hijos, amantes ó maridos, á tomar las armas, que esto se puede decir que lo hicieron todas las españolas, sino tomándolas ellas mismas y peleando en muchas ocasiones con una bizarría que podía servir de ejemplo á los soldados más aguerridos.

Todos los que nos encontramos ya en la edad madura, podemos recordar que hasta hace algunos años figuraba en Madrid, en la procesión cívica del *Dos de Mayo*, una señora bajita, delgada, anciana, pero ágil todavía, modestamente vestida de negro y cubierta la cabeza con mantilla, nada lujosa, que ostentaba sobre el hombro izquierdo la charretera de subteniente de infantería, ganada peleando contra los invasores en aquella memorable jornada. Es cosa sabida que las manolas madrileñas lucharon á pecho descubierto en las calles, encontrando algunas la muerte en tan desigual combate, y no es posible olvidar á la hija del heroico Malasaña, que combatió al lado de su padre, defendiendo las avenidas del parque de artillería.

En todas las provincias encontró imitadoras el ejemplo de las madrileñas.

Las gerundenses organizaron la compañía de Santa Bárbara, que recogía los heridos en los puestos avanzados, bajo el diluvio de balas que enviaban sin cesar los sitiadores; y en la batalla de Bailén, las mujeres de los pueblos inmediatos llegaron hasta las guerrillas, con cántaros de agua, que en medio del fuego y la metralla distribuían entre los combatientes; lo cual, dado el calor horrible de Andalucía en el mes de julio, era lo mismo que darles la vida. Algunas perdieron la suya, ocupadas en tan patriótica tarea.

Las zaragozanas merecen mención especial y muy honorífica. Puede decirse que todas contribuyeron á la defensa, y cuando llegó el momento del asalto compitieron con los hombres en arrojar desde balcones y ventanas los muebles y objetos que hallaban á mano. No recuerdo cuál de los escritores franceses que hablan de los dos inmortales sitios inserta la carta de uno de sus generales que dice: «Hasta las viejas se asomaban á las ventanas y nos tiraban *ses vases de nuit*.»

Es imposible hablar de Zaragoza y no consagrar un recuerdo á las dos heroínas que alcanzaron mayor notoriedad en tan grandiosa epopeya.

La condesa de Bureta, que empezó convirtiendo su casa en hospital de sangre, donde asistía á los heridos, que ella misma, seguida de sus criados, recogía en los puestos de mayor peligro, y cuando destruías las defensas exteriores, ya no se trató sino de morir defendiendo palmo á palmo la ciudad sagrada que hollaban los invasores, la hermana de la caridad trocóse en combatiente; sus manos, débiles y aristocráticas, empuñaron el fusil del soldado, y peleó impávida al lado de los más valientes.

De Agustina Aragón, tan famosa en los anales de la historia patria, nada me parece más oportuno que dejar hablar al mismo general Palafox, que en un manuscrito inédito, destinado sin duda á publicarse en Francia, por estar redactado en idioma francés, se expresa en estos términos:

«Agustina tenía de veinte á veintidós años; era morena, de grandes y hermosos ojos, y aun cuando no podía pasar por linda era graciosa, alta, bien formada y tenía una viveza sumamente agradable y un aire muy despejado. Amaba á un sargento de artillería que murió en el instante de hacer fuego. Ciega de cólera (1), arranca la mecha de manos de su amante, y jurando vengar su muerte se abalanza al cañón de 24 que servía y le da fuego. Yo fui testigo de aquella escena en el momento en que llegaba á la batería, que estaba cubierta por los cadáveres de más de cincuenta artilleros, tendidos por el suelo y presentando el espectáculo más desgarrador. La joven brillaba entonces en todo su esplendor, aunque envuelta en humo, y me saludó con una desenvoltura igual á su valor. En cuanto terminó el combate cogí las jinetas del sargento muerto y las coloqué en los hombros de la amazona, que continuó después peleando en otras varias acciones, siempre exaltada y siempre guerrera.»

(1) Había ido á la batería á llevar la comida á su amado.

Por mi parte, sólo puedo añadir que la heroína siguió al ejército, asistió al sitio de Tortosa y por la defensa de Tarragona obtuvo el empleo de oficial.

Sería imposible citar, una por una, los nombres de todas las mujeres que ejecutaron en la guerra acciones distinguidas, por lo cual habré de limitarme á escribir los de algunas, de las que he podido adquirir noticias ciertas.

Magdalena Bofill peleó en Coll de Buch haciendo fuego sin descanso con un retaco, desde el principio hasta el fin del combate, y otra catalana, llamada Margarita Tona, tomó parte en la acción de Viladrau, distinguiéndose igualmente por su serenidad y arrojo. Doña Susana Claretóna compartía con su marido D. Francisco Felonch el mando de los somatenes de Capellades. Infatigable en las marchas é intrépida en la pelea, llegó á capitanearlos en alguna escaramuza, como aconteció el 14 de marzo de 1809, en que trabuco en mano y al frente de los suyos logró rechazar á los franceses. Cuando Cuevillas con sus guerrilleros atacó á Santo Domingo de la Calzada, obligando á la guarnición francesa á encerrarse en el convento de Santo Domingo, recientemente fortificado, su mujer, que le acompañaba, mató por su mano á tres de los soldados imperiales. Doña María Catalina López figuró como teniente en la guerrilla que organizó en Extremadura su tío D. Toribio Bustamante, para tomar venganza del atentado de que había sido víctima su esposa, atropellada y muerta por la soldadesca en Rioseco, delante de su marido. Esta guerrilla, llamada del Caracol, en la que también figuraba otra mujer, doña Francisca de la Puerta, sostuvo infinitad de combates, en todos los cuales tomaron parte ambas amazonas. La doña María Catalina demostró que era digna de su empleo de teniente, haciendo alarde de un valor temerario, sobre todo en la acción de Valverde el 18 de febrero de 1810. Citaré también á Martina la Vizcaína, que no se contentó con menos que con acaudillar una pequeña partida, con la cual prestó grandes servicios. Espoz y Mina, que llegó á irritarse con ella, destituyéndola del mando por sus actos de crueldad, dice que era valiente como pocos hombres, y que se distinguía sobre todo por su serenidad inalterable en los trances más apurados. En la acción de Puente Larrá, habiendo sido herido un oficial llamado Asenjo, que después se casó con ella, Martina lo hizo retirar en una camilla, y viéndose perseguida por los franceses, dejó al herido oculto entre unos matorrales y siguió ella con la camilla vacía, hasta desorientar á sus perseguidores. Asenjo fué recogido y curado en un caserío.

¿Merecen todos estos nombres oscuros salvarse del olvido en las páginas de la historia? Creo que sí, porque cada uno de ellos representa una gloria y todos juntos pintan una época.

Y antes de terminar este artículo he de recordar otro rasgo de heroísmo, no ya de una mujer, sino de toda una familia, que es la del insigne D. José Romero, alcalde de Montellano, en la cual no parece sino que la abnegación patriótica era característica ó que el estoicismo espartano se transmitía de padres á hijos, como se transmiten en otras familias ciertas enfermedades hereditarias.

Antes de realizar la hazaña que en otro artículo he referido, Romero, cuando el primer levantamiento de Andalucía, había tomado las armas, asistiendo voluntariamente con dos de sus hijos á las batallas de Alcolea y Bailén. Después de esta última, el general Castaños, que le conocía y estimaba, obligóle á regresar al lado de su familia. Sus hijos quedaron en el ejército, y uno de ellos encontró gloriosa muerte en Ocaña, peleando con seis coraceros franceses.

Ya sabemos que después de su admirable triunfo de Montellano, siguiendo los consejos de D. Gaspar Tardío, se retiró á la villa de Algodonales, donde poco después debía hallar digno término su nobilísima existencia.

El primero de mayo de 1810 se presentó delante de esta villa una columna de 4.000 hombres. Los vecinos, sin consultar más que su patriotismo, intentaron la sublime locura de resistir á fuerza tan numerosa, y claro es, que Romero fué uno de los que más les alentaron á poner por obra la temeraria resolución. Todo el día duró el combate; pero la artillería y el incendio hicieron su efecto, y en la mañana del 2 estaba justificada la frase del Prefecto de Sevilla, de que *en adelante en el mapa de aquel hermoso reino se vería señalado como desierto el lugar que ocupaba la fértil villa de Algodonales*. Todo el vecindario había huído y sólo quedaba en pie la casa de D. Carlos Marcos Martel, donde se hallaba Romero con su familia, compuesta de su mujer, doña Ana Dorado; sus cuatro hijas, la mayor cuyo nombre no consigna el

documento de que saco estos datos (1); la segunda, doña Jerónima, de edad de diez y siete años; la tercera, doña María del Rosario, de siete, y otra de pecho, con un niño de doce años, llamado D. José María. Con ellos estaba un amigo cuyo nombre era don Francisco Ascanio, anciano de setenta años, y el criado Antonio Arenilla. Pues aquella guarnición, compuesta en suma de dos hombres, un viejo, dos mujeres y cinco niños, siguió defendiendo la casa, convertida en último baluarte del patriotismo, sin reparar en que ya el incendio hacía presa en ella.

Murieron combatiendo el anciano Ascanio y el criado Arenilla, y cayó también para no volver á levantarse el heroico Romero.

Entonces ocurrió un hecho que quizás no tiene igual en la historia de los tiempos antiguos ni modernos. Mientras doña Ana y sus hijos arrastraban el cadáver del alcalde de Montellano, y lo arrojaban á las llamas de un granero que ardía para que no lo cogiese el enemigo, doña Jerónima y D. José María, una joven de diez y siete años y un niño de doce, empuñaban las armas y proseguían disparando, hasta que doña Jerónima cayó atravesada de un balazo, que por fortuna no le causó la muerte. Sólo entonces se hicieron dueños los franceses de aquel montón de ruinas humeantes.

¿Hay palabras para encomiar este hecho? Confieso que yo no las encuentro. Todas las que acuden á los puntos de la pluma me parecen incoloras y débiles al lado de la relación escueta de los sucesos.

La patria, tan pródiga en otras ocasiones para recompensar servicios de mérito mucho más discutible, ha sido ingrata con la familia de D. José Romero.

La viuda del héroe anduvo mucho tiempo solicitando una recompensa, y aunque las Cortes reconocieron su perfecto derecho á obtenerla, no llegó á conseguirla.

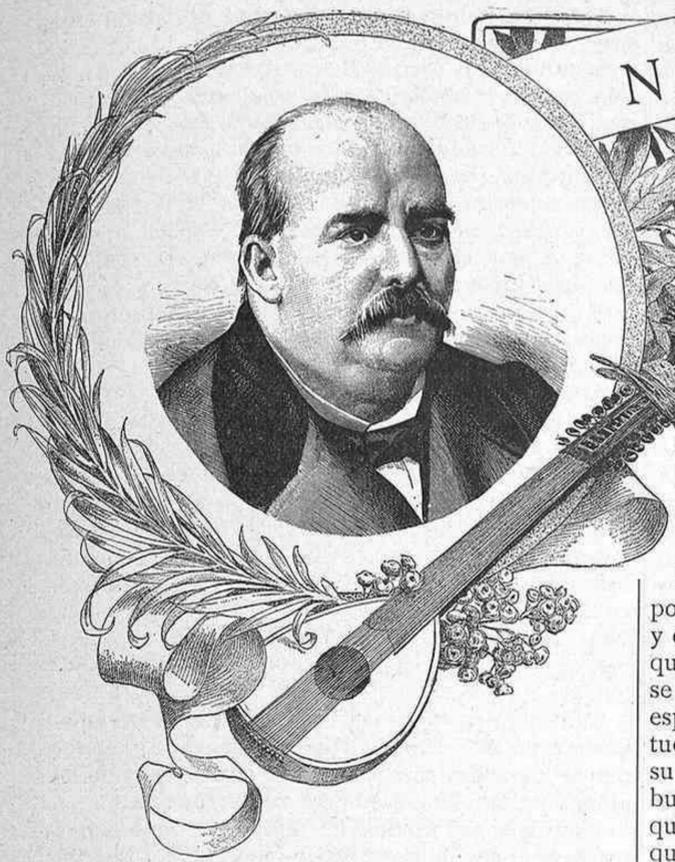
De sus hijos varones, sólo se sabe que el mayor, que comenzó su carrera militar peleando con su padre, como he dicho, en Alcolea y Bailén, veintiún años después, en 1839, era teniente con grado de capitán, á pesar de haber prestado muchos servicios, haciendo toda la primera guerra civil y recibiendo en la batalla de Gra cuatro heridas de lanza. D. José María, el que á la edad de doce años alcanzó la gloria de disparar el último tiro en la defensa de Algodonales, luego de caer herida su heroica hermana doña Jerónima, fué oficial de artillería, y falleció retirado en Logroño el año 1865.

EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO

(1) Una carta de doña Ana, que conserva autógrafa la familia del insigne pintor D. José Madrazo, á quien Fernando VII había encargado un cuadro que conmemorase la catástrofe. El cuadro no llegó sin duda á ejecutarse. La carta la publicó el general Gómez Arceche en su libro *Guerra de la Independencia*.



LOLA KIRSCHNER, célebre novelista bohemia conocida con el seudónimo de Ossip Schubin



SEMBLANZA

Narciso Serra, á los doce años de edad escribió una carta en verso al general D. Antonio Ros de Olano, que éste tuvo la bondad de leerme algunos años después, y de donarme, á instancias mías, para tener yo el gusto de poseer un autógrafa del joven poeta, que ya empezaba á despuntar en el arte escénico. La carta es larga y está escrita en romance; y aunque nada tiene de particular, si se exceptúa lo difícil del asonante, yo inserto aquí un trozo, como curiosa y casi desconocida prueba de la precocidad poética de Serra y de sus aspiraciones infantiles. Dice así:

«Antonio, querido Antonio:
Estoy dado á Belcebú,
porque mi madre desea...,
me va á dar un patatús
solamente con decirlo;
y también temo que tú
al saberlo, de sorpresa
te quebrantes de salud.
Pues bien: mi madre ya tiene
confeccionado el *menú*
del banquete de mi vida
que es más soso que alcuzcuz,
y quiere que cuando yo
ascienda á la juventud
y haya de elegir carrera
sea médico. ¡Jesús
me valga! y tú, si es que puedes
persuadirme de que un
ser con corazón y nervios
que no sea un avestruz,
no puede estar día y noche
bordeando el ataúd,
viendo lágrimas que á veces
son de pariente gandul
que espera una pingüe herencia,
y viendo y oliendo ¡pu!
lo que otros han..., al pensarlo
me pongo de oro y azul.
¡No, yo jamás seré médico
aunque me pongan en cruz!
Yo quiero seguir tu ejemplo
y el de aquel ínclito bur-
galés, que llamaron Cid;
y sin tregua, ni quietud
luchar contra la morisma
desde Fez hasta Stambul,
ó con el francés, si acaso
vuelve á llegar hasta el Bruch.
¡Querido Antonio, hijo mío!,
aunque me quedan aún
algunos años de espera,
no desecho la inquietud;
pues mi madre, bien lo sabes,
con su carácter y su...,
es tan terca cual si hubiese
nacido en Calatayud.
¡Yo médico! Antes me marché
nadando hasta Visapur,
ó con la Biblia en la mano
y en la cabeza un baúl,
corro á encerrarme en la Trapa
ó en la Cartuja, y ¡abur!»

Serra, en efecto, no fué médico, ni tampoco traspense ó cartujo, pero sí militar, si bien en esta carrera no reflejó, ni siquiera de lejos, las hazañas del ínclito burgalés que cita en sus versos. Aunque á semejanza de muchas personas, gustábanle más que la suya otras profesiones, fué forzosamente lo que tenía que ser y para lo que estaba predestinado, poeta dra-

NARCISO SERRA

mático; y digo poeta, porque á haber escrito en prosa sus obras hubieran perdido la mayor parte de su valor.

El carácter previsor de su madre, que se afanaba por crearle un porvenir seguro, su genio algo díscolo y otras causas que no son pertinentes, lo fueron para que Serra, muy joven, abandonara la casa materna y se lanzara á la vida bohemia, que aunque por breve espacio de tiempo, fué tremenda para él. Su constitución endeble no podía soportar las privaciones, y su carácter tímido y altivo vedábale recurrir á las buenas relaciones que por su familia tenía, entre las que se contaba el susodicho general Ros de Olano, que fué siempre su constante amigo, no obstante la diferencia de edades. Como no era simpático, decididor y sociable, como Inza, Correa y Roberto Robert, estuvo abandonado á sus propias fuerzas, que no eran muchas, y sufrió todos los horrores de la existencia aventurera. Durante tres meses se le pasaron muchos días en claro y muchas noches en turbio, sin tomar alimento. Menos feliz que Ramón Correa, el cual, como he dicho en otra parte, encontró un portal donde reposar, Serra, sin casa ni hogar, tenía que vagar incesantemente por Madrid, porque en la época de su perdición la policía era muy restrictiva y no permitía á nadie ni siquiera sentarse en sitios públicos, ni que ningún establecimiento ni buñolería se abriera hasta después de amanecer. Serra decía: «Yo he andado más por los portales de la plaza Mayor que Ashavero por el mundo.»

Además estaba destinado á padecer por el prójimo, á cuyo propósito él también decía: «Yo soy un ojo enfermo; todas las chinias vienen á mí.» Pudo tomar un cuartucho en una casucha de la calle de San Bernardino, y consiguió amueblarle con una mesa de pino, dos sillas, un aguamanil con jofaina minúscula y una cama (que le prestó un amigo), compuesta de catre de tijera, jergón, colchón ético, almohadas anémicas y una manta por entre cuyo tejido se colaba el aire que era una bendición de Dios. Pero en fin, aquello comparado con los portales de la plaza era las delicias de Golconda. Narciso se proveyó además de un vaso y de una olla: por las noches, cuando se retiraba, llenaba ésta en la *Fontana de Trevi*, según él llamaba á una fuente de vecindad, aludiendo á la copiosa que hay en Roma, y hubiera dormido apaciblemente en su nido si la falta de gases estomacales y la sobra de chinches no se lo hubieran estorbado.

La entrada del mes de octubre coincidió con unas tercianas que aquejaron á Serra, y con estas dos cosas, otra tercera peor todavía: cual fué el haber dado albergue en su casa á López el sucio, personaje á quien todos los *capitalistas* de aquel tiempo hemos conocido. En la imposibilidad de dormir juntos, por lo estrecho del catre y por la mencionada suciedad, Narciso le cedió el jergón, y en éste, puesto en el suelo, López, menos delicado que aquél, dormía á pierna suelta. Una noche estando los dos en sus respectivas camas, Serra, desvelado, encendió luz y quedóse asombrado de que López roncara; pues aunque ya hacía fresco, una multitud de chinches rezagadas pululaban sobre todo su cuerpo y entre sus románticas y encrespadas guedejas. Narciso, que era muy nervioso, despertóle á medias y le dijo:

— ¡Pero hombre, te están comiendo las chinches!

— Las desprecio, contestó López, y siguió roncando.

Pues bien: una mañana, cuando Serra pudo conciliar el sueño, un tanto repuesto del frío de la terciana, el despreciador de chinches se le llevó la única manta que tenía en la cama. Narciso sufrió varios percances parecidos á este, que serían largos de contar: el que después hizo gozar á tantos con el chispeante diálogo de sus comedias, sufrió más que ninguno, si se tiene en cuenta su carácter tímido y vidrioso y su complexión endeble.

De Málaga pasó Narciso á Malagón; quiero decir, que después de bohemio fué cómico de la legua, pero

soportó mejor esta contingencia: primero, porque la compartía con otros, y además por su decidida afición á actuar como comediante: hubiera dado la gloria de Calderón, de Espronceda y de Zorrilla y la suya propia por la de Julián Romea: hasta la milicia era para él cuestión secundaria, comparada con los triunfos escénicos de un actor eminente.

Pero como fué tan mal cómico como militar, resignóse á ser poeta.

Fueron innumerables las aventuras y desventuras que tuvo en su expedición de actor ambulante. No se encontró con ningún D. Quijote, como los comediantes del *Carro de la muerte*; pero sí con muchos patatazos, silbidos y hasta garrotazos. Voy á citar como muestra una aventura suya, que prueba la fatalidad que pesaba sobre él. Llegó á Denia la *compañía*, anunciaron la representación de *Don Juan Tenorio*, hubo buen despacho de localidades durante el día, y á la hora de la función estaba lleno el teatro. El drama pasó sin novedad hasta el cuadro de la quinta. Serra, que siempre hacía los primeros papeles, aquella noche cedió el de protagonista á un actor recientemente ingresado en la *troupe*, que tenía fama de *bordar* el Tenorio, y se reservó el de D. Luis Mejía. Como seguramente el lector habrá visto el popular drama, es ocioso recordar que en el susodicho cuadro D. Luis viene á pedir satisfacción á D. Juan, y estando en esta escena anuncian al terrible comendador Ulloa. Tenorio, entonces, ruega á Mejía que espere en un aposento inmediato á que él cumpla con el agraviado padre de doña Inés: por consecuencia, D. Luis, es decir, Narciso Serra, salió de la escena y en el escenario aguardaba su salida en la representación, cuando vinieron á anunciarle que el contador de la compañía, que era también expendedor de billetes, se había alzado con los fondos de la recaudación y huído con ellos. Esta noticia le produjo el efecto de un golpe de maza, porque él y todos los actores hallábanse muy averiados: se le fué el santo al cielo, revolviósele la bilis (que tenía mucha), apoderóse de él un vértigo, y en vez de perseguir al infiel contador, salió á escena extemporáneamente, sin saber lo que hacía, y prorrumpió en las siguientes redondillas que él recordó toda su vida:

«Comendador: su cinismo
se burla de tu vejez;
mas aquí estoy yo ¡pardiez!
para romperle el bautismo.
No son de cólera extremos,
sino justicia y razón.
Le arrancaré el corazón
y ambos nos lo comeremos.»

Y dicho esto, emprendióla con D. Juan Tenorio á bofetadas, y ¡gracias que no lo hizo con la espada que llevaba al cinto! D. Juan, sintiéndose agredido *de veras* contestó en la misma *tesitura*, aplaudió la plebe de espectadores, protestaron é increparon á éste y á los actores los eruditos de Denia que conocían el drama, y á no haber intervenido el alcalde, los alguaciles del ayuntamiento y un capitán de la guardia civil, que estaba entre el público, hubiera habido una colisión de aristocracia y oclocracia, convirtiéndose el coliseo en nuevo campo de Agramante. Afortunadamente también, Serra se serenó, y pudo terminar el cuadro tal como está escrito.

Después de su correría de la legua y de varias tentativas como actor en el teatro de las Urosas de Madrid, Narciso, por mediación de Ros de Olano, obtuvo gracia de alférez y llegó á teniente de caballería; pero con su cabello rubio infantil, su rostro exiguo y bilioso y su modo de andar indolente y desgarrado, presentaba un aspecto militar deplorable. Era muy aficionado á la equitación; mas aunque adquirió firmeza, nunca *cayó bien á caballo*, pero sí del caballo, que le botó de la silla una tarde en la pradera de San Isidro.

Serra tenía pasmosa facilidad para escribir versos, si bien incorrectos, fluidos y armoniosos: más que

poeta que piensa, parecía *medium* espiritista de escritura poética. Casi todas sus obras teatrales tuvieron éxito, y sin embargo, en las noches de estreno sentía un miedo cervical al fallo del público. No se atrevió nunca á arrostrarle en el bastidor, como la mayor parte de los autores. Durante la representación se metía en un café próximo al teatro; pedía cerveza, que tomaba con temblorosa mano; esperaba á que algún amigo fuese á darle noticia, acto por acto, de cómo el público iba recibiendo su producción, y sólo cuando le daban seguridad de que sería llamado á escena se decidía á entrar en el teatro.

Porque Serra, sumamente nervioso é impresionable, estaba destinado á padecer en todo lo que gozaba, como dicen que sucede al verdadero amor. Ejercía con gusto la carrera militar, y el peso del sombrero de tres picos producía continuas neuralgias. No pudo nunca acostumbrarse al olor de cuartel, y cuando estaba de guardia en el de San Gil, pasaba la noche tendido en la cama, sin dormir, con luz encendida, vestido y con un látigo en la mano por temor á las colosales y feroces ratas de que estaba (no sé si sigue estando) plagado el susodicho cuartel. Narciso era enamorado; pero por rara predestinación, siempre ponía su amor en mujeres pecaminosas, que se burlaban de él, le explotaban y nunca le daban las filigranas de la pasión, como él deseaba. Era un inocentón que quería pasar por tunante. Una temporada dióle por jugar á los de azar: no sabía ni calar las cartas, y sin embargo, cuando tallaba al monte, pretendía hacernos creer que *amarraba y sabía la que iba á venir*.

Por un contrasentido que no se explica á su edad, en su época y con las libres compañías que había frecuentado, Serra execraba la libertad, la democracia y demás *chinesquerías*, según él las llamaba; y era más realista que el rey, llevando su amor á la realeza hasta el servilismo. Todo buen caballero puede sentir, como Narciso ha expresado, que

«Dar la sangre al rey es ley natural de la hidalguía;»

pero ninguno que se precie de noble podrá decir á un rey que le ha deshonrado en su esposa, y que le propone un duelo para satisfacerle:

«No riño, señor: si lo mandareis, primero sería yo pregonero de mi propio deshonor.»

Esta atrocidad estaba reservada á un personaje de un drama de Serra.

Con tales antecedentes, fácil es comprender la impresión que le produjo la revolución de septiembre. Cuando supo que la reina Isabel II, desterrada, había traspuesto la frontera francesa, sufrió tal ataque de bilis que estuvo á las puertas de la muerte.

Narciso escribió poco y vulgar en prosa: decía que le costaba más trabajo escribir una carta en prosa con sintaxis, que un acto de una comedia; y yo no conozco nada suyo que no sea en verso, exceptuando unos cuantos artículos muy breves en un periódico titulado *El Bardo*, de que fué director, y unas notas que solía poner, prediciendo el éxito, á las obras que leía cuando fué censor de teatros. Así pues, apenas hay una carta suya que no esté escrita en verso: Salas, Gaztambide y algún otro empresario de teatros recibieron muchas llenas de espontaneidad y gracejo, pidiéndoles adelantos por obras que escribía ó pensaba escribir.

Y aquí entra la parte más dolorosa de la existencia del desgraciado poeta: ya había él dicho:

«Mi juventud, á fuerza de gastada, Parece una vejez bien conservada,»

cuando casi de súbito, en la fuerza de la edad y en la madurez de su ingenio, quedóse parálítico de todo el cuerpo, excepción hecha de la cabeza y del brazo derecho. Vivió así muchos años, no recuerdo cuántos: muerto para el mundo y para las letras, como el que se encierra en un monasterio: no fué éste el de la Trapa ó Cartuja, sino su cuarto de la calle de Segovia, que le sirvió de *in pace* duradero. Allí escribié sus últimos versos buenos, en una composición dedicada á la reina Isabel (á la que profesaba singular afecto), que empezaba con la siguiente quintilla:

«Mi musa no canta, llora,
y nunca mayores daños
pudiera llorar que ahora;
porque hace más de seis años
que estoy baldado, señora.»

Después de esto, apartamiento del mundo, sombras en la mente, frágiles conatos poéticos, lágrimas de desolación cuando algún amigo iba á visitarle. ¡Pobre Narciso! Sin embargo, si murió para la producción

literaria, no así para la inteligencia. Fué nombrado censor de teatros, ponía una nota profética del éxito á casi todas las obras que leía, y puede asegurarse que sólo se equivocó por completo en *La levita*, de Enrique Gaspar. Afortunadamente, en medio de su desgracia, vivía en compañía de su madre, y á ésta debió el vivir algunos años más en aquel crepúsculo de existencia. Hallábase reducido al estado de un niño que no puede tenerse en pie. Sacábanle de la cama, le vestían, le sentaban á una mesa con libros y periódicos, y así pasó Serra años y años. Era admirable su resignación, se quejaba pocas veces de su suerte y sin amargura. Al principio de su dolencia y cuando el peculio de la familia lo permitía, salía algunos días en coche, pero volvía á su casa más triste que había salido. Un día dijo á su madre: «No vuelvo á salir: quiero ver lo menos posible, y ojalá pudiera olvidar lo que he visto.»

En este estado le sorprendió la Restauración.

Cuando leyó en *La Correspondencia de España* la descripción de la entrada del rey Alfonso XII en Madrid, tomó papel y pluma, que tenía á su alcance, é intentó hacer versos; pero su última querida, como él llamaba á la Musa, había abandonado. Entonces prorrumpió en llanto y sollozos, motivados por alegría y pena á la par: aquella por la realización del fausto suceso tan deseado por él, y ésta por su impotencia para celebrarle: repito que Serra era un realista encarnizado. Quizá su resignación no era más que exterior y ocultaba una tempestad de espíritu, pues aunque recibía á todo el mundo tranquilo y casi alegre, su madre decía que se pasaba horas y horas tapándose la cara con las manos como el que se entrega á honda meditación. Era ferviente católico, y cuando algún íntimo iba á verle, solía preguntarle: «¿Habré yo llevado vida tan pecaminosa, que este secuestro de la vida sea un castigo de Dios?»

No, Serra no mereció tan excepcional mala suerte: era bueno en su fuero interno y capaz de dislocarse un tobillo por no pisar á una hormiga, como el obispo de *Los miserables*, de Víctor Hugo. Tenía un carácter cándido, sencillo y elevado: le repugnaban las vulgaridades, y sólo le he conocido una (si lo es), su excesiva afición al cante flamenco, que hacía pasar noches enteras en algún café cantante, oyendo *queos y jipíos*.

Por extraño contraste, siendo tan antiliberal tenía algo de levadura socialista. Excepción hecha del rey y de los ricos blasonados por las proezas de sus abuelos, sentía desprecio hacia los que se habían labrado su fortuna, y atracción compasiva por los menesterosos, especialmente por los ciegos, á los que socorría con frecuencia, sirviéndoles á veces de guía para atravesar calles y plazas.

Por el retraimiento á que frecuentemente le redujeron sus dolencias y por la última que le hizo vivir aislado tantos años, Serra *anduvo poco por la vida*; fué como el ruiseñor, que se oye su canto, pero apenas se le percibe entre las frondas del bosque.

D. Nicolás María Rivero dijo á raíz de la restauración, refiriéndose á Alfonso XII: «Este niño trae dentro un viejo;» y yo, recordando esta frase, resumo el carácter de Narciso con esta otra: Era un niño grande que tenía dentro la solitaria de la poesía dramática.

* * *

Después de escrita esta semblanza, he recibido la siguiente carta del popular novelista Enrique Pérez Escrich:

«Querido Florencio: Este otoño, cuando estuve en Barcelona, comí un día con los editores Sres. Montaner y Simón, y estuvimos hablando largamente de las genialidades de ciertos escritores. Les conté una verdaderamente extraordinaria que me había sucedido con Narciso Serra, que es la siguiente: Leí yo mi drama *La dicha en el bien ajeno* en el teatro del Príncipe: Narciso Serra, como tenía por costumbre, no pudo asistir á la lectura y vino por la noche á mi casa á que le leyera la obra. Tomamos café junto á la chimenea y se la leí.

»Al terminar la lectura, Narciso, conmovido y con los ojos llenos de lágrimas, me preguntó:

— «¿Por qué no has escrito esta obra en verso?»

— «Porque debe ser prosa; tiene demasiado asunto para el verso.

— «¡Bah!, añadió Narciso. Trae el último acto: voy á probarte que estás en un error.

»Y se puso á leerlo en redondillas, sin vacilar, sin detenerse.

»Yo estaba loco oyéndole; no comprendía aquella facilidad pasmosa, creyéndola muy superior á la de Lope de Vega y Quevedo. Si hubiéramos tenido allí un taquígrafo, el drama se hubiera representado con el último acto en verso, y hubiera escrito un prólogo

contando el hecho, pues no recuerdo otro igual en la historia de la literatura.

»Como tú has escrito la semblanza de Narciso, los editores quieren que conste este rasgo de facilidad que tanto enaltece al autor de *El loco de la buhardilla*, á quien tanto queríamos todos.

»Voy á darte otro detalle.

»Narciso vendió el *Don Tomás* á D. Alonso Guillón por 10.000 reales. Salimos de casa del editor, y al llegar al pasaje de Murga, calle de la Montera, Narciso entró en un portal, diciéndome que le esperara un momento. A la media hora bajó con el rostro encendido: había perdido los 10.000 reales del *Don Tomás* en una timba de mala muerte.»

Enrique Escrich, que nunca ha andado por los senderos del vicio, no sabía que aquella timba, llamada «Las cucas del Pasaje,» tenía doble atractivo; pues concurrían á ella damas pedigüeñas, de las que el demonio del juego se servía para aumentar las tentaciones.

F. MORENO GODINO

EL BAILE DE TRAJES DEL CÍRCULO ARTÍSTICO

Tan unánime como el convencimiento de que el Carnaval hállase en plena decadencia, es el deseo de que se haga algo para levantarle de la postración en que ha caído y devolverle los atractivos que tuvo en no muy lejanos tiempos. A realizar esa aspiración de todos tienden las iniciativas y los esfuerzos de sociedad tan importante como el Círculo Artístico de nuestra ciudad, cuyos bailes de trajes son, de unos años á esta parte, el único acontecimiento de las fiestas carnavalescas de Barcelona.

Dispúsose el que se celebró en la noche del pasado lunes en el teatro Lírico, cuyas bellezas realzaba la hermosa decoración con tanto arte, inteligencia y buen gusto dirigida por los Sres. Rogent y Chía con la valiosísima colaboración de nuestros más distinguidos pintores y dibujantes.

El aspecto del local era el de un salón fastuoso, y tan hábilmente combinados estaban los elementos decorativos, que apenas podía uno darse cuenta de que se encontraba en un teatro: el escenario, convertido en frondoso jardín poblado de plantas tropicales, ostentaba en el centro elegante surtidor y aparecía en el fondo y á los lados cerrado por artística vidriera de colores, obra de los señores Vilumara y Galofre Oller, quienes supieron imprimir en ella el verdadero carácter de las vidrieras medioevales con todas las complicadas labores y delicados matices que en tales objetos acumulara el arte gótico de aquella época. Completaban el adorno del escenario un vaciado de la Venus de Milo y una gran paleta, á los lados de la boca del mismo, y en el fondo una figura con el estandarte del Círculo, y contribuía no poco al bellissimo efecto de aquel extremo del salón la suave luz que al través de los pintados cristales se filtraba, contrastando con la que á raudales bañaba el resto del local. Sostenidos por hermosas astas decorativas, grandes plafones ornamentales ocultaban los palcos y galerías del primer piso, separados unos de otros por grandes escudos en los que sobre plateado fondo campeaba escrito en caracteres rojos el título del Círculo Artístico. Dichos plafones representaban: una pareja escocesa del siglo XVI, obra del Sr. Coll y Pí; una escena de la antigua Grecia, del Sr. Bertrán; una escena de la corte de Luis XV, de D. Guillermo Roca; alegoría del Renacimiento italiano, del Sr. Ferrer; una danza árabe, del señor Triadó; una pareja de *Incroyables*, del Sr. Lorenzale; una japonesa, del Sr. Graner; dos romanas, del señor Baixas; una pareja india, del Sr. Pey; dos figuras del primer imperio, del Sr. Lorenzale; una castellana y un trovador de la Edad media, del Sr. Casas; dos mujeres egipcias, del Sr. Bertrán; dos reyes bizantinos, del Sr. Graner; alegoría del Renacimiento alemán, del Sr. Campmany; una *Pierrette*, del Sr. Masrera (D. Francisco); dos chulas, del Sr. Passos; y una pareja de galos, del Sr. Bouquet.

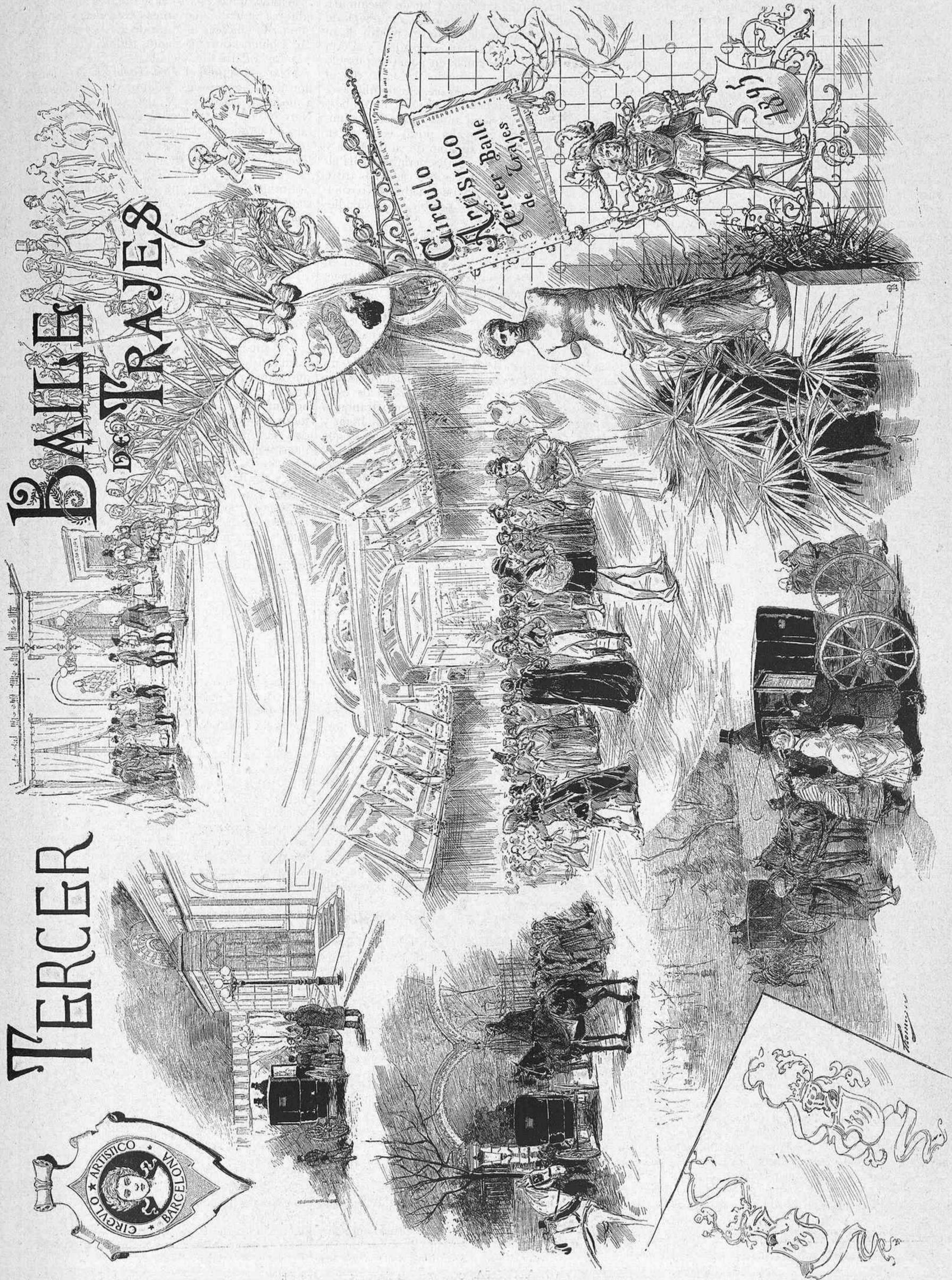
Tales eran los detalles más salientes de aquel conjunto de decoración que, mejor que por esta descripción brevísima, podrán apreciar nuestros lectores por el grabado que en el presente número publicamos.

De los ricos y apropiados trajes que en el baile lucieron las damas y señoritas más conocidas de la alta sociedad barcelonesa, nada diremos porque aparte de la falta de espacio para ello, minuciosamente descritos están en el *Salón de la Moda* que con este número de LA ILUSTRACIÓN se reparte.

No terminaremos esta corta reseña sin dedicar un entusiasta aplauso al Círculo Artístico y formular fervientes votos para que Barcelona siga respondiendo como es debido á sus levantados propósitos. — X.

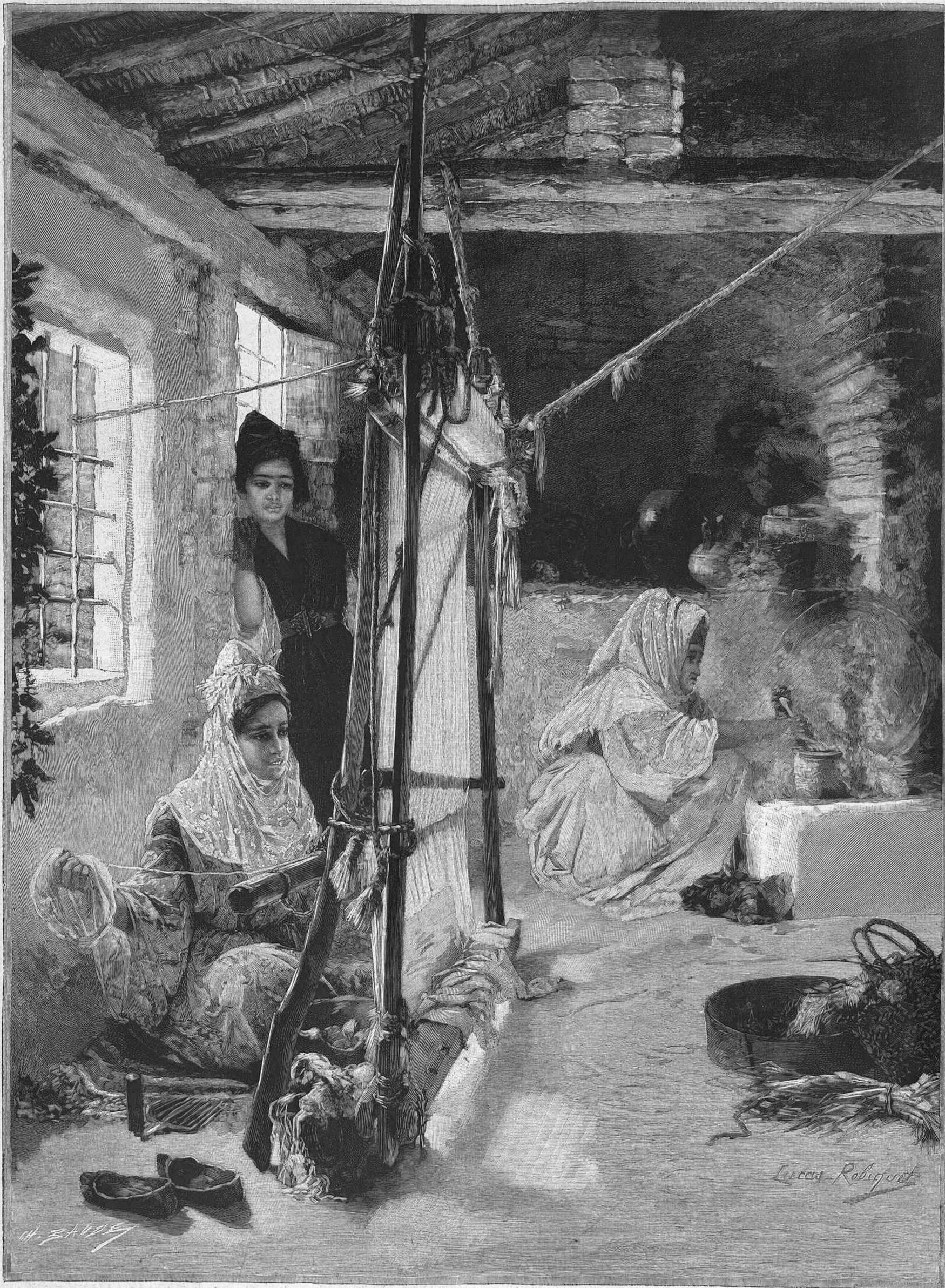
TERCER

BALLES DE TRAJES

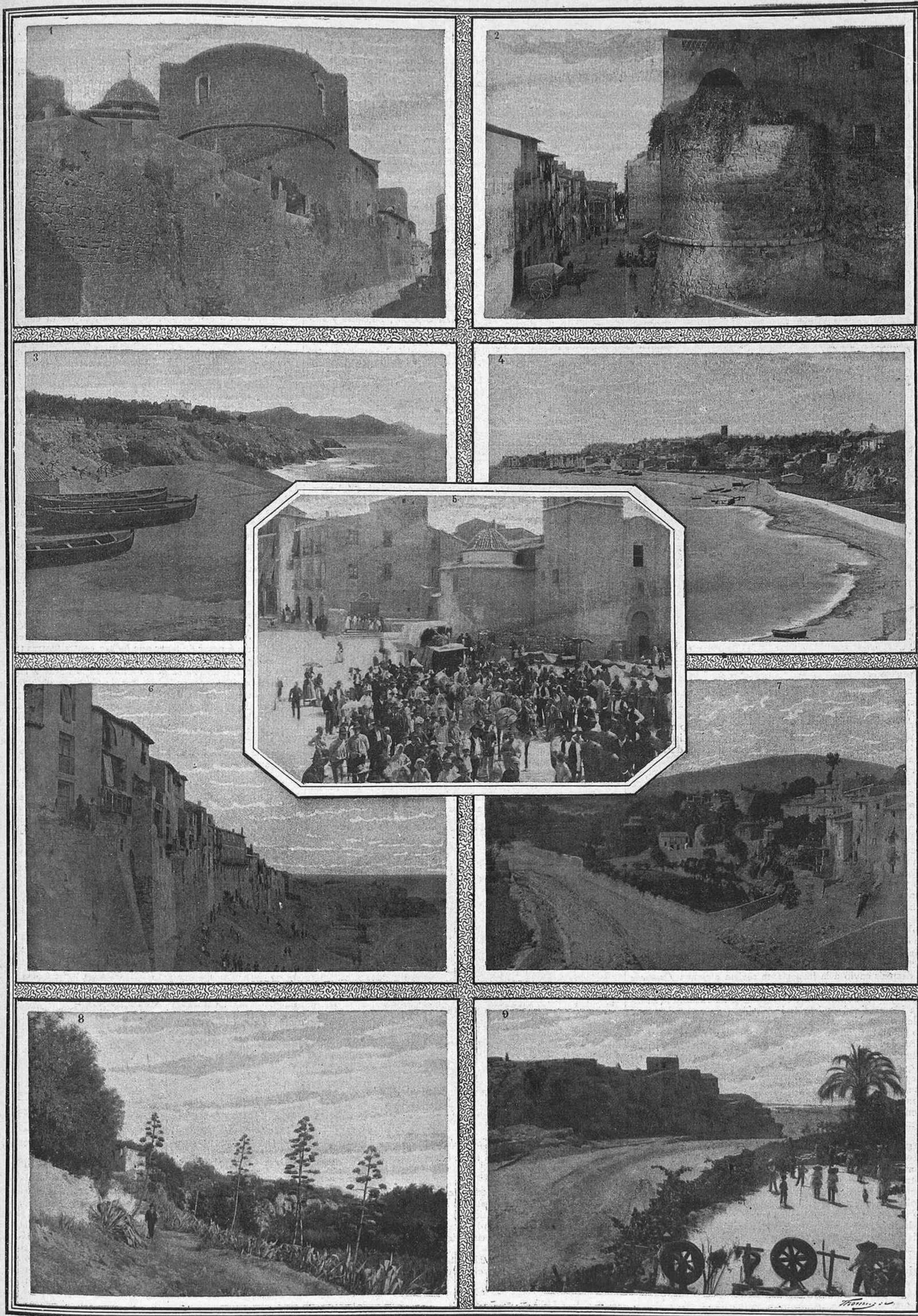


Baile de trajes organizado por el Círculo Artístico y celebrado en el teatro Lirico en la noche del 25 de febrero último





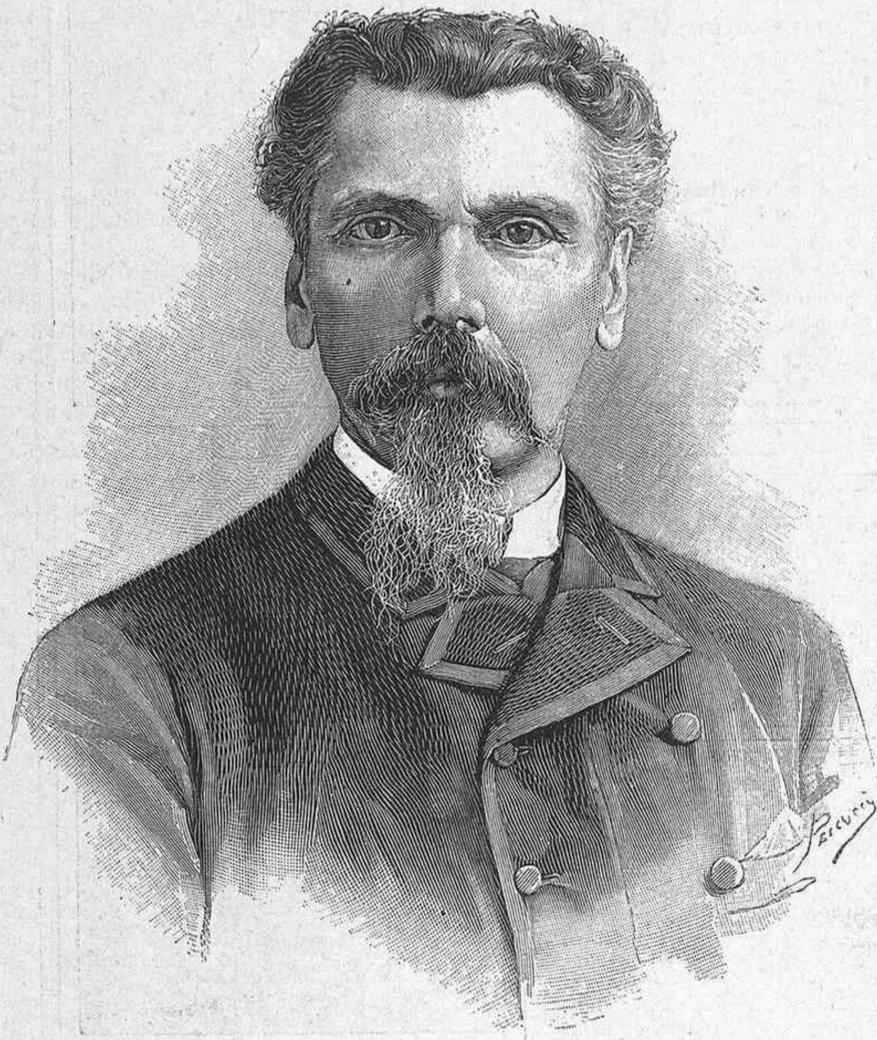
TEJEDORAS DE CONSTANTINA, cuadro de Lucas Robiquet



VILLAJOYOSA. - Núm. 1. Abside de la iglesia parroquial. - 2. Torreón en la plaza. - 3. Almadraba del NE. - 4. Vista por el Nordeste. - 5. Diligencia en la plaza. - 6. «La Costera.»
 7. El río. - 8. Camino de los ribazos en el río. - 9. Hilandero junto al río (fotografías de Leopoldo Soler y Pérez)

NUESTROS GRABADOS

Dr. D. José Evaristo Urriburu, presidente de la República Argentina. — La renuncia del doctor Sáenz



DR. D. JOSÉ EVARISTO URIBURU, presidente de la República Argentina

Peña acaba de llevar a la presidencia de la República Argentina al Dr. D. José Evaristo Urriburu, hijo de la provincia de Salta, y que cuenta en la actualidad unos sesenta años.

Comenzó su vida política en 1862 como diputado nacional. Fué posteriormente presidente de la cámara de diputados y ministro de Justicia, Culto é Instrucción pública durante la guerra del Paraguay.

Ha ocupado desde entonces varios puestos de importancia, como el de director de la Oficina de tierras de la provincia de Buenos Aires y juez federal de Salta, é ingresando luego en la carrera diplomática fué nombrado ministro argentino en Bolivia; más tarde fué al Perú con igual carácter, y finalmente representó á la Argentina en Chile, en cual puesto se hallaba cuando el voto de la Convención lo llamó para el difícil cargo de vicepresidente de la república.

Ha ido constitucionalmente al poder, y si como político logra obtener siquiera la mitad de las simpatías con que cuenta como particular, fácil será que bajo su gobierno se aquieten las pasiones y luzcan días serenos para la sonriente República Argentina.

Lola Kirschner, célebre novelista bohemia. —

A los quince años de edad escribió Lola Kirschner su primera novela, cuyo manuscrito presentado por ella á Alfredo Klar mereció muy favorable juicio de este notable escritor praguense. Poco después envió á la importante revista alemana *Deutsche Rundschau* otra novela que firmó con el seudónimo de Ossip Schubín y que fué altamente celebrada. Desde entonces su fama ha ido creciendo, y hoy Lola Kirschner es reputada como una de las primeras novelistas austriacas. Sus libros, aunque por punto general tratan de asuntos relacionados con la vida y costumbres de la aristocracia de su patria, reflejan también la vida y costumbres de otros pueblos, estudiados *de visu* por la escritora, que ha viajado por toda Europa y recorrido todas las grandes capitales, desde Madrid á San Petersburgo. Aunque en sus obras se advierte una originalidad indiscutible, así en los asuntos como en el estilo, algo hay en ellas que revela la influencia que en la educación literaria de Ossip Schubín han ejercido Turgeneff y demás geniales novelistas rusos contemporáneos.

Las últimas flores, escultura de G. van der Straeten. —

Pocos escultores tienen el acierto de imprimir en sus obras el sello de elegancia que se admira en todas las de van der Straeten: sus figuras son de una esbeltez irreprochable y en sus actitudes aparecen á cual más graciosas, como habrán podido observar nuestros lectores en las muchas que de tan distinguido artista llevamos publicadas y sobre todo en la que hoy reproducimos, esa hermosa niña que, apoyada en las puntas de los pies, alcanza la rama más alta del árbol para arrancar las últimas flores.

Tejedoras de Constantina, cuadro de Lucas Robiquet. —

A pesar de que en Argelia se deja sentir cada día más la influencia francesa, todavía aquellas gentes, á fuer de buenos orientales, conservan en sus costumbres y en sus industrias algo y aun algos de sus tradicionales rutinas, que si pugnan con el espíritu progresivo de nuestros tiempos y de nuestra civilización, en cambio permiten al artista desarrollar asuntos eminentemente pintorescos. Tal sucede con el interior tan admirablemente pintado por Robiquet, que reproduce un grupo de tejedoras de Constantina: los tipos de las mujeres están per-

fectamente trazados y tienen todo el carácter de aquella poética raza, y la miserable vivienda y el primitivo aparato en que una de ellas teje justifican lo que antes decimos y casi nos hacen bendecir el atraso de ciertos pueblos en gracia de los motivos de inspiración que proporciona al arte.

Vistas de Villajoyosa.

— El pueblo donde busca la salud el Sr. Ruiz Zorrilla figura entre los principales de la provincia de Alicante, y por su situación y la belleza de sus campos compite con los mejores de otros puntos de España.

Como otros tantos pueblos fundóse éste en una eminencia cercana al mar, y rodearonle en el siglo XVII altas murallas y grandes torreones contra los desembarcos de los piratas berberiscos.

El aumento de la población obligóla á formar calles fuera de sus defensas, emplazándose unas en la vertiente hacia el mar, y otras siguiendo los caminos que llevan á Alcoy, Alicante y Denia, de frecuentada carretera y mejor de lo que se dice estos últimos, necesitándose tres á cuatro horas para ir en carruaje á la segunda.

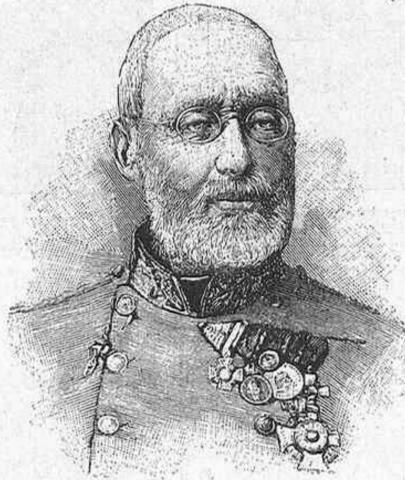
El río Amadorio limita por el Sur la población antigua, muchas de cuyas casas se levantaron sobre la muralla que toca á la *Costera* ó cuesta, por aquél bañada de tarde en tarde.

La iglesia parroquial, de una nave con bóveda gótica y portada greco-romana, se acaba de restaurar por iniciativa del entusiasta párroco, y aquélla encierra su ábside en un torreón. Otro, que por ser jardín de la Casa-Abadía adorna con plantas la desnuda piedra, ennoblece la plaza, en la cual por el día descuellan entre los característicos toldos y sombreros de los vendedores, y en noches de luna evoca románticos recuerdos.

Rodean al pueblo extensos y feraces campos de regadío y de secano, cultivados en bancales, en que multitud de casas blancas ó azules destacan entre los trigos, los altos maíces y las vides, interrumpidos por almendros, algarrobos y olivos de gran tamaño. En esas casas viven muchos de los habitantes de Villajoyosa, cuya mayoría posee un pedazo de tierra, y con el cultivo se ocupan en la fabricación de chocolates, el transporte de pescado, vino y algarrobos y el comercio de almendras con Londres y Hamburgo.

Pocos campos hay tan hermosos como aquéllos. Encerrados por el mar y un cinturón de montañas, bajan al río y á la playa entre empinadas sendas de pitas, juntándose en algún punto las olas y los bancales, cuyos intensos y variados verdes contrastan con las tintas amarillas, grises ó violadas de los montes, el blanco de los polvorientos caminos y el azul brillante del mar y cielo.

Ese Mediterráneo, que en tiempo de los barcos de vela sur-



El archiduque Carlos Alberto de Austria, fallecido en 18 de febrero último

caban muchos construídos en Villajoyosa, bordea la playa con pequeñas entradas y promontorios semejantes á los de los mares griegos, y en aquéllos asientan varias casas que reúnen las excelencias de la huerta con las ventajas del mar, cuya vista extensa dominan, recibiendo en el invierno el calor del sol, que mitiga la brisa en el verano.

Junto á la carretera de Alicante y en la playa de *Parais* ó *Paraíso*, tiene un hijo del pueblo y entusiasta por él, el alienista y político Dr. D. José Esquerdo, su manicomio veraniego, y á dos kilómetros de éste, hacia el interior, se alza en una colina su casa de *La Pileta*, cerca de la cual se han hallado ánforas y otros restos de construcciones romanas, abundantes en los campos de allí. Si el manicomio goza de la proximidad del mar y la carretera, *La Pileta* disfruta de más amplias vistas, y tanto que se la divisa desde la grandiosa sierra de Aitana, que á cinco horas en el camino de Alcoy se eleva á 1158 metros.

LEOPOLDO SOLER Y PÉREZ

Madagascar. Declaración de guerra en Antananarivo.— Los franceses, como es sabido, encuéntrase en guerra con los malgaches: á consecuencia de ciertos rozamientos diplomáticos, que más que causa han sido esta vez, como otras muchas, simples pretextos, retiróse el residente general francés de Antananarivo y Francia aprestóse á la lucha, votando la cámara los créditos necesarios y el envío de quince mil hombres hacia aquella apartada isla del Océano Indico á fin de afirmar el protectorado que á los franceses aseguraba el tratado de 1885. Los malgaches, por su parte, apercibiéronse también á defender sus derechos que ellos creían lastimados, y apenas hubo abandonado la capital hova el representante de Francia proclamaron solemnemente la guerra. La lucha ha comenzado, y por ahora la suerte es favorable á las armas francesas, que se han apoderado ya de Tamatave, y que de no intervenir la diplomacia europea, especialmente la inglesa, es probable lleguen triunfantes á la capital, dictando desde ella una paz que limitará aún más de lo que lo estaba la independencia de los hovas.

El archiduque Alberto de Austria.— El archiduque Alberto, que recientemente ha fallecido en su castillo de Arco, en donde desde hacía muchos años solía pasar los inviernos, había nacido en 1817. Sus inclinaciones, que coincidían con los deseos de su padre, el gran maestre de la guerra, el archiduque Carlos, hicieronle entrar desde muy joven en el ejército imperial; á los doce años de edad, su tío el emperador Francisco I le nombró coronel del regimiento 44 de infantería. Nombrado mayor general en 1840, tomó parte en las grandes maniobras que se practicaron en Italia bajo el mando de Radetzky, y de entonces datan sus primeras obras de ciencia militar, en las cuales encuéntrase ya los principios que más tarde informaron sus importantes libros *De la responsabilidad en la guerra* y *Cómo debe ser reorganizado el ejército austriaco*. Fué comandante general en Moravia, en Silesia, en la baja y en la alta Austria; pero los desgraciados sucesos de mayo de 1848, de los cuales se le culpó al parecer injustamente, le hicieron dimitir y entrar como voluntario en el ejército de Radetzky, que después de retirarse de Milán aprestábase en el cuadrilátero veneciano á atacar á Carlos Alberto de Cerdeña. El archiduque Alberto recibió el bautismo de fuego en el cementerio de Santa Lucía. Cuando Carlos Alberto denunció el armisticio, el archiduque Alberto tomó el mando de la primera división del cuerpo d'Aspré, y luchando siempre contra enemigos muy superiores en número, consiguió victorias tan brillantes como la del paso del Tessino, la de Mortara y la de Novara, que la historia militar de Austria consigna con letras de oro en sus anales y que valieron al archiduque la cruz de la orden de María Teresa. Durante los diez y siete años de paz que siguieron á aquella lucha fué gobernador de Maguncia, comandante de Bohemia, jefe del tercer ejército y gobernador civil de Hungría: en este último puesto, con su bondad y su prudencia, al par que con su energía, supo pacificar aquel país hasta entonces sólo contenido por la fuerza de las armas. En 1863 fué nombrado feldmariscal y en 1866 encargóse del mando del ejército del Sur: á pesar de tener que luchar contra fuerzas tan superiores que cuantos seguían aquella guerra consideraron segura su derrota, gracias á su genio militar supo llevar á los austriacos á la victoria, y en las alturas de Custoza obtuvo sobre Víctor Manuel uno de los triunfos más grandes que se registran en los anales militares austriacos. Terminada aquella campaña nombrósele inspector general del ejército, y á él se deben las importantes reformas que en éste se han realizado. El archiduque Alberto era además excelente agricultor é industrial y poseía en su palacio una de las mejores colecciones de grabados del mundo.

Augusto Vacquerie.— Las letras francesas están de luto por la muerte de Augusto Vacquerie, á quien han respetado y honrado siempre sus mismos adversarios y que fué uno de los amigos más fieles y de los más fervientes adoradores de Víctor Hugo. Debutó como periodista en 1840 con sus artículos de



El célebre crítico y escritor francés Augusto Vacquerie, fallecido en 19 de febrero último

crítica en el *Globe* y en *L'Epoque*, y en 1848 comenzó sus trabajos en *L'Evenement*, del que fué colaborador asiduo. Después del golpe de estado de 2 de Diciembre estuvo algún tiempo en Jersey, de donde regresó á París en 1869 fundando entonces con Carlos y Francisco Hugo, Pablo Maurice y otros *Le Rappel*, que hizo encarnizada guerra al Imperio. Caído éste apoyó al gobierno de la Defensa nacional y después de la amnistía defendió desde las columnas de aquel diario los más radicales principios políticos. Vacquerie ha sido, no sólo un periodista eminente, sino que también un poeta de talento y un autor dramático de gran mérito. Después de haber publicado dos tomos de hermosas poesías dió al teatro varias obras del género romántico, *Funerailles de l'Honneur*, *Jean Baudry*, *Formosa* y *Jalousie*, y la linda comedia *Souvenir homme varie*. Más tarde publicó su teatro completo y un gran poema filosófico titulado *Future*. El eminente literato y crítico ha fallecido á la edad de setenta y seis años.

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Silverio protestó.

— ¡Oh, dijo, eso costaría veinte mil francos!

— ¡Qué importa! Yo te los prestaré.

— ¿A qué tipo?

— ¡Bah! De todos modos nos arreglaremos.

Después el sacerdote habló de otra cosa, porque aquella tarde su conversación era de las más desordenadas. De repente, sin la menor transición, pedía á Silverio toda especie de datos sobre su familia, su juventud y su instrucción.

— Tu padre, le dijo, ha nacido en Gargos, ¿no es verdad? ¿Era también pastor tu abuelo? ¿Dónde está ahora Francisco Montguillem?

— En Pontacq, señor cura; pero dentro de ocho días se hallará en el pueblo.

— ¿Y tu madre se llamaba Gracia Armendaritz?

— Precisamente.

— ¿Dónde nació? Creo que en Espeleth...

— Sí, señor.

— ¿De qué murió?.. ¿A qué edad? ¿Y tus otros parientes?.. ¿Cómo sigue tu hermano Emilio? ¡Mal aspecto tiene ese!.. Te diré en confianza que no quisiera que estuvieses en su pellejo. ¡Siempre escupe sangre!.. ¿No es cierto? Pero ¡bah!, tú estás fuerte como el Pico del Mediodía.

Silverio se vió obligado así á referir la historia de toda su parentela.

El sacerdote, escuchando con mucha atención, apuntaba no pocas cosas en un librito de memorias para no olvidarlas, como por ejemplo, los nombres de los pueblos donde habían vivido los Armendaritz y los Montguillem.

Así pasaron el tiempo hasta las diez.

— ¡Vamos, buenas noches, hasta mañana!, dijo el padre Bordes. Iré á verte á la cascada. ¡Ah!.. Mis afectos á tu padre cuando le escribas.

El sacerdote y el montañés se veían diariamente, y el primero se mostraba cada vez más cortés con Silverio; ya no le trataba jamás de hijo de papudos, y si le llamaba Pireneófilo era con una sonrisa familiar que indicaba más aprecio que ironía.

El 4 de junio comieron juntos por segunda vez, y Poupote, que había recibido órdenes formales, trató al joven Montguillem con las consideraciones que hubiera dispensado á un vicario general.

Al servirse los postres se habló un momento de la cascada, y después el sacerdote sacó varias cartas del bolsillo y las dejó sobre la mesa diciendo:

— ¿Sabes tú, Silverio, que en tu familia no hay señal alguna de descendencia de esa raza idiota y maldita del cielo que existió en esta parte de los Pirineos?

— ¿Ha hecho usted investigaciones, señor cura?

— Sí, me he informado en estos días. Los Montguillem son personas muy honradas, que nada han tenido que ver con la justicia; y en cuanto á los Armendaritz, aún es mejor, pues han tenido un sacerdote en los colaterales: Domingo Armendaritz era cura de Osses en 1734.

— ¿De veras?

— Es lo que resulta de una información practicada en la localidad por un cura amigo mío, que es vicario en el país vasco. Tú no eres lo que creí, y obré mal cada vez que te dí nombres injuriosos.

— ¡Oh, señor cura, yo también le he faltado muchas veces!

— No tantas como yo, Silverio, pues te he agobiado de injurias en presencia de varias personas, y estuve á punto de enviar á tu caballo al corral de las bestias embargadas. He sido injusto contigo; ahora me doy cuenta de ello, y me pregunto cómo podré reparar mis faltas.

— Señor cura, yo tengo muchos más remordimientos de lo que usted cree. Y escuche usted, permítame hacerle una proposición en que pienso hace algunos días...

El guía se sonrojó mucho al pronunciar estas últimas palabras, bajó la cabeza, y mirando al suelo con ojos que nada veían, balbuceó:

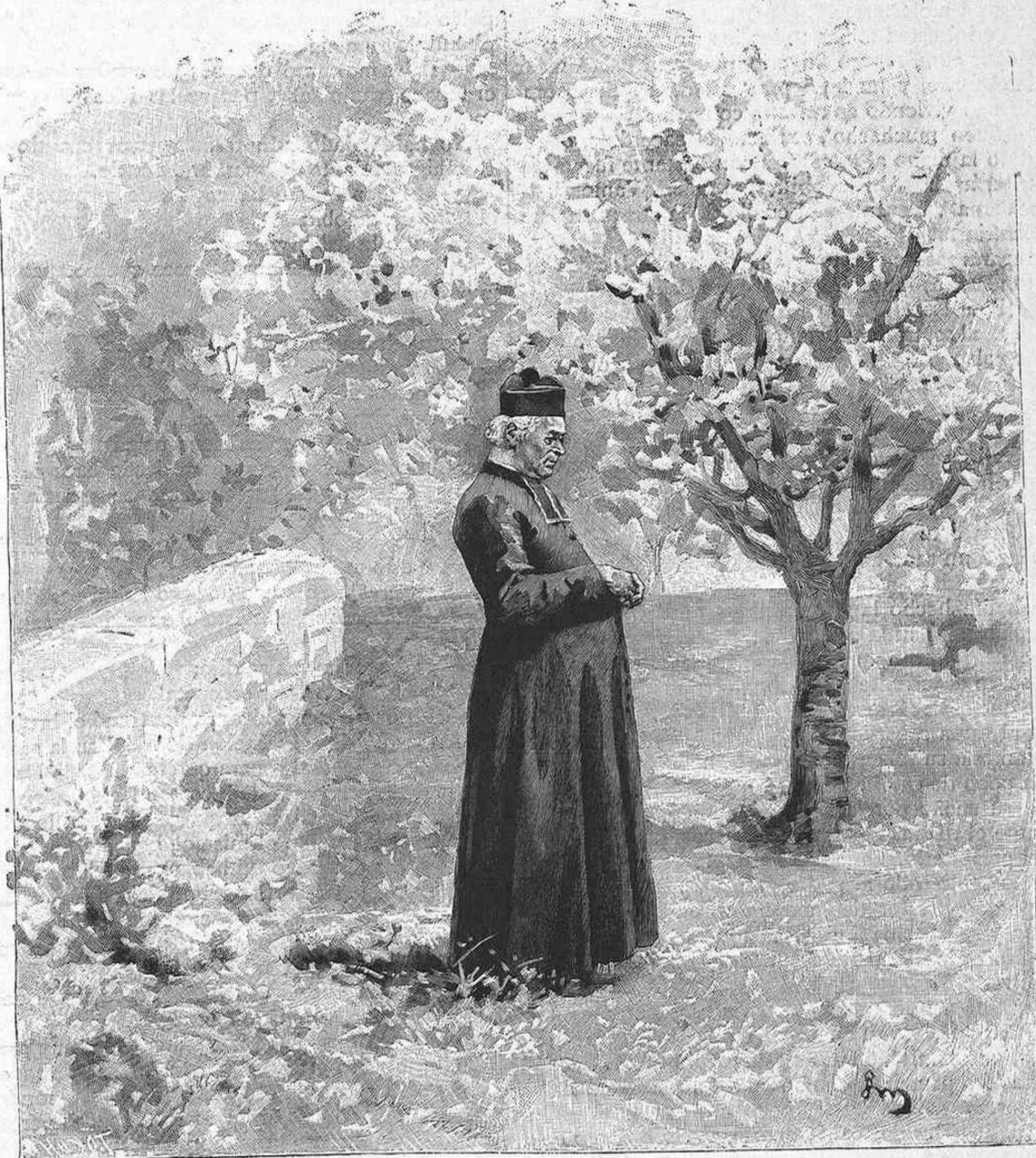
— Señor cura, yo me tendría por feliz, por muy feliz, si usted quisiera compartir conmigo los ingresos que la cascada pueda producir en lo futuro... ¡Acepte usted, yo se lo ruego, aunque no sea más que para aliviar mi conciencia!

— ¡Silverio!, contestó el padre Bordes, tienes un corazón de oro, y acepto con gusto.

A esto se siguió un breve silencio; los dos comprendían que aún les faltaba que decirse otra cosa, y que debían convenirse aquella misma noche sobre otra cuestión más importante. Ambos inclinaban la cabeza, sin que sus ojos osasen cruzar una mirada; Silverio, muy tímido, fijó su atención en un ángulo del plano y sus párpados se llenaron de lágrimas;

Pero el bueno del cura dominó su emoción, y otra vez comenzó á golpear la taza de porcelana con la cucharilla.

— ¿Por qué me negaría yo á uniros?, dijo. Ya no hay razón para ello. El mes pasado era distinto, pues tú no eras más que un simple guía, sin otra hacienda que tu prado, tu cabaña y tu mulo; no tenías esperanza alguna, y todos mis parientes habrían protestado si te hubiese concedido la mano de Jacobita.



El padre Bordes monologaba á media voz...

mientras que el sacerdote, algo turbado sin duda, comenzó á dar golpecitos distraídamente en una taza de porcelana con una cucharilla. Sin embargo, muy pronto, sin levantar la vista, preguntó con acento que jamás debía haber sido tan dulce:

— Silverio, ¿sigues pensando en Jacobita?

— ¡Que si pienso!.., contestó el montañés palideciendo.

El sacerdote levantó entonces la cabeza, y vió lágrimas en los ojos del joven.

— ¡Tanto mejor, Silverio!, repuso. También Jacobita piensa en ti, y ahora no veo obstáculo para vuestro enlace.

Silverio se estremeció de alegría al oír estas palabras.

— ¡Oh! Gracias, murmuró, cogiendo las manos del padre Bordes. Yo no osaba esperar tanta dicha, y no sé expresarle mi agradecimiento sino con lágrimas.

— ¡Bah!, exclamó el sacerdote, es la mejor manera de hacerlo, y ya veo que soy sensible.

La voz del sacerdote se alteraba también, y Poupote pudo oír desde la cocina que su amo se sonaba de una manera inusitada.

Ahora, todo ha cambiado; mi ahijada es pobre, puesto que no debe contar ya con una herencia tan importante, y tú vas á disfrutar de cierta comodidad, explotando tu cascada. De consiguiente, todas las dificultades quedan allanadas, y al consentir en tu unión con Jacobita, no solamente consagro un matrimonio por amor, sino también por conveniencia. ¿Estás satisfecho de mí, Silverio? ¿Es de tu gusto mi razonamiento? ¡Pues bien: toca esos cinco! ¡Lo dicho, dicho! Mañana iremos á Pau juntos, y tú mismo darás la buena noticia á Jacobita.

— ¿Mañana, dentro de algunas horas? ¿Es posible?, exclamó Silverio llevándose la mano al corazón.

— ¡Sí, hombre, mañana! Tomaremos el tren de las nueve; verás á Jacobita antes de mediodía, y te permitiré acompañarla toda la tarde. ¡Y á propósito, ya que estamos en ello, hagamos una cosa: podríamos ir los tres á ver á papá Montguillem! Preciso es anunciarle vuestra unión, diantre, y hasta pedirle su consentimiento.

— ¡Es verdad!

— Pues bien: me parece que ya es hora de ponerse en movimiento. ¿No dices que vive en la llanura de

Pontacq? Pasado mañana iremos á dicho punto los tres en coche. ¡Qué agradable paseo! ¿Qué te parece, muchacho?

— Que no hay más que pedir.

— ¿Crees tú que encontraremos á papá Montguillem?

— Si no está ya en camino para volver á Gargos, nada más fácil.

— Pues entonces queda convenido que trataremos de reunirnos con él. ¡Vamos á tener tres días de vacaciones! Y ahora, buenas noches; acuéstate pronto para estar bien dispuesto. Mañana á primera hora engalánate un poco, á fin de parecer mejor á los ojos de Jacobita.

Al llegar al recibimiento, el padre Bordes detuvo de pronto á Silverio por un botón de su chaqueta, y díjole con voz insinuante.

— A propósito, deberías reservarme un rincón en tu casa nueva, nada más que un rinconcito por el lado de la cascada, para colocar mi torno... Ya comprenderás que quiero instalar allí una presa, y así podré continuar mis trabajos. ¡Ah, diantre! La alegría ha desaparecido de estos sitios y los dolores reumáticos vuelven á molestarme.

— Podrá usted tomar todos los rincones que guste, señor cura, repuso Silverio, pues allí habrá lugar para el torno, y también para usted, si quiere complacernos viviendo en nuestra compañía.

— ¡Buen muchacho!, exclamó el sacerdote, estrechando la mano al montañés con bastante fuerza para triturársela. ¡Ah! Jacobita será feliz... ¡Vamos, hasta mañana!.. ¡Levántate el cuello de la chaqueta para no resfriarte!

Separáronse con esto, y aquella noche los dos tuvieron sueños muy diferentes, pero deliciosos.

— ¡Poupottel, dijo el padre Bordes á la mañana siguiente, al sentarse ante su chocolate, de hoy en adelante volverás á servirme tortas con manteca.

VI

Silverio se levantó á las cinco de la mañana, y media hora después entró en la iglesia de Aigues-Vives.

Quería confesarse; experimentaba la necesidad de confiar á un sacerdote el secreto sobre la desviación de la cascada; y á pesar de la generosa proposición que había hecho la víspera al padre Bordes, sentía como un peso en la conciencia. Parecíale tener sobre el corazón la roca que había desmenuzado allá arriba, sobre el torrente de Pichemule; y en vano repetíase que si había arrebatado la *Cabellera de Magdalena* al buen sacerdote, lo hizo con la intención de restituirla á su joven heredera. El acto, no obstante, tenía poco de católico en su concepto, y esto perturbaba su sueño por la noche, impidiéndole apreciar durante el día las apetitosas golosinas que le servían en el presbiterio. Varias veces había estado á punto de referírsele todo al padre Bordes, pero desconfiaba, porque el tutor de Jacobita no era fácil de contentar, y se exponía á un fracaso.

— No se lo diré hasta después de la boda, se dijo al fin Silverio.

Pero habiendo sabido que varios sacerdotes extranjeros se hallaban en aquel momento en Aigues-Vives, con motivo de una fiesta religiosa, aprovechó la ocasión para ir á confiar su gran pecado á uno de ellos.

Cuando salió del confesonario, sintióse ligero como una pluma.

— ¡La verdad es que esto alivia!, se dijo.

Y temiendo que el confesor no le hubiese comprendido bien, pues habíale impuesto tan sólo una penitencia muy benigna, el despojador de cascadas rezó además dos rosarios, recorriendo por entero el vía crucis.

Seducíale pensar que se hallaría en estado de gracia cuando volviera á ver á la sobrina del sacerdote. ¡Oh, cuánta felicidad en aquel hermoso día en que el cielo azul brillaba sobre Aigues-Vives!

Silverio volvió hacia su casa, escalando en menos de veinte minutos los senderos de Gargos; parecíale tener alas en los pies, y se estremecía de impaciencia. ¡Qué despacio rodarían los vagones del ferrocarril de Pierrefitte á Pau!

Al pasar por delante del presbiterio, vió salir al padre Bordes.

— ¿Ya estás aquí?, exclamó el sacerdote. ¿Cómo te va esta mañana?.. ¡Diantre, tienes unos ojos que brillan como el sol! ¡Deslumbrarás á mi sobrina! ¡Vamos, prepara el mulo, y marcharemos dentro de un cuarto de hora! Yo tengo ensillada ya la yegua, porque debo evacuar ante todo una pequeña diligencia. Quiero ir á casa del Sr. Roumigas, pues ya comprenderás que tendría remordimientos respecto á esa gente. Es preciso que sepan lo que pasa.

También el presbítero necesitaba tranquilizar su conciencia.

Dejó á Silverio Montguillem remontar hacia su gruta, y encaminóse á la casa del brujo.

— Me parece que va á ser algo difícilillo el arreglo, decíase por el camino.

Al pasar por delante de la iglesia, hizo la señal de la cruz.

— ¡Vaya si será difícil!

Y acertó cada vez más el paso.

Llegado delante del jardín de Roumigas, vaciló un momento.

— ¡Qué embajada!.., murmuró. ¡Cómo anunciarle esto!

Abrió una pequeña verja de hierro, y reflexionó un instante junto á un manzano en flor.

— La cuestión es, se dijo, que ellos parecen tener empeño en quedarse con Jacobita. El padre no la soltará tan fácilmente, y el hijo está enamorado de ella como un loco. Por otra parte, yo les había dado mi palabra...

El padre Bordes monologaba á media voz, y por lo regular, cuando se veía apurado así, tomaba un polvo de rapé, porque esto excitaba su cerebro, inspirándole sanas ideas.

— ¡Bah!, murmuró después de aspirar lentamente el tabaco, vamos allá, porque las ideas no quieren venir.

No había dado aún treinta pasos cuando vió á Roumigas delante del manzano florido.

— ¡Ah, diantre, me ha cogido de sorpresa!, pensó el tutor de Jacobita.

El brujo le había visto ya.

— ¡Hola, hola!, exclamó. Parece que nos paseamos muy de mañana, señor cura.

— Sí, Sr. Roumigas.

— ¡Qué buen tiempo! ¿No es verdad?

— ¡Magnífico!

— ¡Buenos días, padre Bordes! ¿Cómo va?

— Muy bien, Sr. Roumigas.

— ¡Pardiez, bien se ve! Tiene usted mejor aspecto ahora, y parece que se remoja desde hace días. La semana última, y dispénseme la frase, parecía usted un enfermizo.

— En efecto, las cosas tomaban mal giro, Sr. Roumigas, y esto me preocupaba.

— ¿De veras?.. Supongo que eso habrá pasado ya...

— ¡Ah! No, señor, contestó el sacerdote, rascándose la oreja.

Y para sus adentros se dijo:

— ¡Aquí te quiero ver escopeta!

— Mi hijo me escribió ayer, continuó el brujo, diciéndome que tiene intención de ir á Pau la semana próxima, para lo cual espera que tendrá usted la bondad de darle una carta de recomendación, dirigida á la madre superiora, á fin de que pueda ver á Jacobita.

— ¡Me abre camino él mismo!, pensó el sacerdote.

Pero como el tabaco no había producido aún efecto apreciable, el padre Bordes no dejó de inquietarse al ver el giro que la conversación tomaba.

— Sr. Roumigas, dijo al fin, precisamente venía para hablar á usted de mi ahijada.

— ¡Cómo dice usted eso! ¡No parece sino que ha de comenzar un sermón!

— No es un sermón, pero sí una cosa muy grave.

El brujo miró al sacerdote fijamente, y sus ojos grises y penetrantes le escudriñaron hasta el fondo.

— ¡Este tabaco de Laroque no vale nada!, pensó el presbítero, pasándose la mano por la frente.

— Sr. Roumigas, dijo al fin, he reflexionado mucho desde hace algunos días, y he reconocido con sentimiento que el matrimonio de mi sobrina con su hijo de usted era imposible.

El hechicero se inmutó al oír estas palabras.

— ¿Qué dice usted?.., exclamó. ¿Imposible ese matrimonio? ¡Vamos, señor cura!.. ¿Y por qué, si se puede saber?

Un vigoroso estornudo imprimió un violento movimiento en la cabeza del sacerdote.

— ¡Ya viene, ya lo encontré!, pensó el tutor de Jacobita, llevándose la mano á la cara. Ahora esto marchará por sí solo.

— ¡Jesús!, dijo Roumigas.

— ¡Gracias!.. Decía, pues, apreciable vecino, que la situación de mi ahijada ha cambiado mucho desde hace un mes. Ya sabe usted que Jacobita carece de fortuna, y que yo soy quien la educó; tan sólo puede contar con la reducida herencia que yo debo dejarle algún día, y sin duda comprenderá usted que esa herencia está al presente muy comprometida.

— ¿Cómo es eso?

— Ya no tengo mi cascada, Sr. Roumigas. ¡Bien lo sabe usted!

— ¡Ciertamente! ¡La cascada se marchó! Esto es una desgracia... pero aún le quedan á usted sus muebles.

— ¡Es tan poca cosa!..

— ¿Cómo poca cosa? Tiene usted la casa de Gargos, la quinta de Argelez, y el *Restaurant de la Paz* de Aigues-Vives...

— La propiedad pierde mucho de su valor, y no da casi nada. Todos mis bienes reunidos no representan dos mil francos de renta.

— ¡Rebaja usted el valor demasiado!

— Nada de eso; bien sé yo cómo estoy. Muy pronto me verá obligado á vender la quinta de Argelez, y dentro de veinte años, si aún vivo, el *Restaurant* seguirá igual camino.

— ¡Nada de eso! Estoy seguro de que usted no venderá nada. Con dos ó tres mil francos se puede vivir en Gargos; y por otra parte, debo advertirle que nosotros no tratamos de hacer un matrimonio por dinero. Los sentimientos de Gastón, señor cura, son más nobles y elevados. Ese muchacho tiene corazón, y yo también. Ya sé que cualquier otro le hubiera dicho á usted después de su desgracia: «¡Quédese usted con su sobrina!» Pero nosotros no somos de esas personas que olvidan á los amigos en el infortunio. Mi hijo tiene cien mil francos, y aunque poseyese doscientos mil se casaría con la sobrina de usted, por más que estuviese arruinada. Sin embargo, esos escrúpulos le honran á usted, señor cura; mas por fortuna son inútiles con hombres como nosotros. Tranquílese usted, pues, porque cuando un Roumigas ha dado su palabra se puede contar con ella.

El sacerdote, sin decir nada, inclinó la cabeza un momento, y después apeló á su tabaquera.

— Apreciable amigo, repuso, si se puede contar con la palabra de un Roumigas, también se puede tener igual confianza en la de un Bordes. He prometido al hijo de usted la mano de mi sobrina, es verdad; pero Jacobita no le ha prometido nunca nada.

Roumigas no pudo reprimir un ademán de cólera.

— ¡Ah! Sea usted franco, exclamó. ¡La niña es quien no quiere á Gastón!

— La verdad es que no le manifestaba mucha simpatía.

— ¡Vaya un descaró! ¡Ya podrá buscar ahora abogados del colegio de Tolosa!

— Por eso mismo tomará un esposo de más modesta posición.

— ¡Ah! ¿La casa usted?

— Sí, amigo mío.

— ¿Con quién, si se puede saber?

— Con Silverio Montguillem.

— ¡Con Silverio! ¡Ah, permítame usted que me ría! ¡Por Dios vivo! ¿Será posible?.. ¡El hijo de papudos, el Pireneófilo, como usted decía con tanta gracia!.. ¡Qué buena historia! Es preciso que se la refiera á Hilloune, cuya hija no quiso á ese muchacho. ¡Ah, por Dios vivo que nos vamos á reír mucho!..

Roumigas se volvió de pronto.

— Pero sin duda se chancea usted, añadió. ¡Eso no será formal! ¡Vamos, confiese que ha querido divertirse conmigo un rato!

— Es tan formal lo que le digo, caballero, repuso el cura, que dentro de cinco minutos estaremos ya en marcha Silverio y yo, para ir á ver á Jacobita en Pau y fijar el día de la boda.

— ¡Bien, bien, basta! Pero ¿no le repugna á usted eso? ¡El hijo de una papuda!

— ¡Dispense usted! ¡Por lo pronto no es descendiente de la raza maldita!

— ¡Toma, pues usted es quien lo ha hecho creer en todas partes!

— Hice mal, lo confieso. Silverio es un buen muchacho, distinguido y atento, que tiene un corazón de oro, y además será rico dentro de muy poco tiempo. Sin embargo, esto es igual para nosotros; pertenece á una familia digna, y con esto hay suficiente.

— ¡Una familia digna! ¡Ah, Señor! ¿Cómo dice usted eso? ¿No conoce usted á su hermano? ¡Es un idiota, con quien ni un burro quisiera rozarse!.. ¡Dignos los Montguillem!..

— Sí, caballero, muy dignos, y yo le ruego que respete ese nombre de aquí en adelante, si quiere usted que se respete el suyo. Con esto, tengo el honor de saludarle, Sr. Roumigas.

El padre Bordes volvió la espalda y encaminóse hacia el presbiterio, y á fe que el regreso fué mucho más rápido que la venida. El tutor de Jacobita creyó oír silbar las piedras á través de los manzanos en flor; pero no eran más que las miradas del brujo, miradas rencorosas y penetrantes como las balas que creía sentir sobre su espalda.

A decir verdad, los ojos de Roumigas, muy grandes, fijaron su mirada en el sacerdote durante más de dos minutos.

— ¡Por Dios vivo, murmuró el padre de Gastón, el negocio anda mal!

Y siguiendo los pasos del padre Bordes, se paseó por el pueblo con cierta excitación. A las siete y cin-

co vió á Silverio bajar de la gruta en su mulo, costear la cascada, encaminarse hacia el Norte y detenerse al fin enfrente del presbiterio. El sacerdote se presentó casi al punto, montado en su mula.

Entonces Roumigas palideció de furor.
— ¡Y es verdad!, se dijo. He ahí á mis hombres que se marchan para tomar el tren de las nueve. ¡Pícaro cura!

Y cerrando los puños, rechinó los dientes de cólera. Después se dirigió hacia sus manzanos, presa de un temblor convulsivo.

— ¡Si Gastón no se casa con esa muchacha, murmuró, soy hombre perdido!

Y comenzó á pasear de un lado á otro; pero muy pronto se detuvo con la mirada fija, los dientes apretados y las cejas fruncidas, como si le acosaran pensamientos misteriosos. Después se marchó de pronto, gritando:

— ¡Hilloune, Hilloune!

Y corrió hacia la casa para ver antes á la criada, á quien halló delante de la puerta de la cocina.

— Dime, preguntó con voz alterada, ¿ha vuelto Emilio?

— ¿Qué Emilio?

— Emilio Montguillem, el hermano de Silverio, ya lo sabes, ese muchacho enfermizo á quien has visto venir con frecuencia para consultarme y á quien despediste el otro día.

— ¡Ah, sí, ya me acuerdo! Aún no ha vuelto, señor.

— ¡Muy bien! Vé á su casa volando; ya conoces su cabaña; es la última que hay allá abajo, al extremo del pueblo. Dirás á Emilio que le espero, y que venga á la consulta de esta mañana sin falta, porque debo comunicarle algo que le interesa mucho. ¡Apresúrate!

— Bien, señor, ya voy.

Hilloune corrió hacia el pueblo, mientras que Roumigas se dirigió otra vez hacia los manzanos. Sus ojos despedían llamas.

— ¡Es preciso que ese matrimonio no se efectúe!, balbuceó gesticulando con violencia.

Y oculto detrás de un pabellón, miró por la parte de Gargos para acechar la vuelta de su criada.

Al fin la vió llegar, y salió á su encuentro.

— ¿Le has hallado?

— Sí, señor, ahora vendrá.

— ¿En seguida?

— Se está vistiendo. ¡Ah, pobre muchacho, está muy enfermo!

Roumigas sintió un movimiento nervioso en su mejilla izquierda, cosa rara que no se producía en él sino cuando le dominaban fuertes emociones.

El brujo atravesó el jardín, y volviendo la cabeza dijo á su criada:

— Me parece que los clientes no tardarán en venir, y cuando Emilio Montguillem haya llegado, no recibas á nadie más. ¿Lo has entendido?

— Sí, señor.

Roumigas entró en su casa, y dirigióse lentamente hacia la escalera.

Su gabinete de consulta estaba en el piso bajo; pero subió antes al primero, y fué á sentarse en un aposento tenebroso, situado sobre la cocina. Desde allí se podían oír las menores palabras de Hilloune, gracias á varios agujeritos practicados en el suelo. Aquellas aberturas constituían toda la brujería de Roumigas. Cuando una montañés se presentaba en la casa para apelar á las luces del brujo, Hilloune le hacía sentar en la cocina delante de la chimenea, y diestramente, como quien no hace nada, hablándole de la lluvia y del sol, de los pastos y de los rebaños, conducíale á explicar su caso y á decir el nombre de la bruja ó del duende que le perseguía á él, á su mujer ó á sus carneros.

Roumigas, instalado allí, no perdía una sola palabra de la conversación, y cuando el cliente había charlado bastante, el hechicero bajaba de puntillas, pasaba por una escalera excusada, y quitándose las babuchas calzábale las botas. Después daba una vuelta por el jardín, entrábase en la cocina con el aire de un hombre que se ha paseado durante dos horas, y recibía al hechizado en el gabinete de consulta, donde no le costaba mucho asombrar al cliente con su ciencia adivinatoria.

Los más de los brujos del campo proceden de igual manera.

— ¡Ah! No voy á tener mucha gente hoy, se dijo Roumigas después de esperar un cuarto de hora. ¡Con tal que Emilio venga!..

De pronto se levantó, al oír los ladridos de un perro en el jardín, y mirando por su ventanillo vió un individuo que se adelantaba hacia la puerta de la cocina.

— ¡Es mi hombre de Broto, el español, díjose Roumigas, el que se ha dejado enredar por una tejedora! El hombre entró, y después de saludar á Hilloune, preguntó si el Sr. Roumigas estaba visible.

— Ha salido, contestó la criada; ahora estará dando su paseo de costumbre; pero siéntese usted, buen hombre. Creo que no tardará en volver.

Un momento después, el perro anunció un nuevo visitante.

— ¡Pardiez!, pensó Roumigas, deslizando una mirada por los agujeros. Ya vuelve esa buena Mariana Crabot. ¿Qué le ocurrirá ahora?

Escuchó la conversación de la recién venida con Hilloune, y supo que se trataba de una relajación en el tobillo derecho. Dos personas llegaron después, un anciano y un muchacho.

— ¡Esto promete ser más serio!, pensó Roumigas.

Y aplicó el oído; pero aquella maldita Mariana, con su voz de marica, le impidió oír las palabras de los últimos llegados.

— ¡Ya le daré yo á esa un tratamiento para su torcedura!, refunfuñó el brujo.

Afortunadamente, Hilloune, que no era tonta, hizo pasar á la sala de espera á la charlatana en compañía del español. Entonces el viejo, hábilmente interrogado por la criada, confesó que su sobrino, allí presente, dormía mal hacía algunas semanas; levantábase medio despierto, se ponía en cuatro pies haciendo el perro y enflaquecía visiblemente.

— ¡Bueno: ya sé lo que es eso!, díjose el brujo. Un duende en ciernes... Hace ya mucho tiempo que no me habían traído ninguno.

Tres mujeres entraron sucesivamente: la primera había perdido dos carneros cuatro días antes; la segunda tenía á su esposo aquejado de un orzuelo; y la tercera iba á consultarle sobre una vaca á quien un vecino había hecho mal de ojo, siendo esto causa de que el animal hubiese perdido la leche.

Por último, un hombre escuálido se presentó delante de la casa.

— ¡Emilio Montguillem!, murmuró Roumigas, cuyos ojos brillaron.

Y contentando la respiración, aplicó el oído contra el suelo.

Hilloune hizo buena acogida al nuevo cliente; ofrecióle la silla mejor y la colocó cerca del fuego. Después, adivinando que Emilio tenía más importancia que los demás, envió á toda la gente al recibimiento.

— Y bien, ¿qué me cuenta usted de nuevo?, preguntó á Emilio Montguillem.

— Nada de bueno, contestó el otro con voz afable.

Y comenzó á detallar sus miserias: perdía las fuerzas poco á poco; no podía ya trabajar en la cantera, y hasta debía abstenerse de cantar. Nada tomaba con gusto, ni la leche cuajada, ni el carnero asado, ni las golosinas... ¡Decididamente no estaba nada bien!

Emilio hubo de interrumpirse para toser.

— ¡Está tísico!, pensó Roumigas; pero tirará hasta el otoño.

La criada trató de reanimarle.

— ¡Bah!, exclamó, ya saldrá usted del paso con un poco de tisana; y apuesto á que de aquí á ocho días volverá á estar tan fuerte como el puente de San Salvador.

— ¡Dios la oiga! Temo mucho que no sea así, y de esto se alegraría no poco alguna persona que yo sé.

— ¡De veras! ¿Tiene usted por ventura algún enemigo, usted que es tan buen muchacho?

— ¿Quién no lo tiene?, repuso Emilio Montguillem con voz lúgubre; más... ¡por vida de...!, que si estuviera seguro de ello!..

— ¡Muy bien; excelente asunto!.., pensó Roumigas, sintiendo otra vez la contracción nerviosa en su mejilla izquierda.

Y lleno de esperanza, bajó presuroso.

Apelando á su ardid ordinario, púsose las botas, dió una vuelta por el jardín, entró por la cocina, saludó á su gente diciendo que la mañana estaba deliciosa, y atravesó el recibimiento, después de invitar á la persona que había llegado primero á seguirle á su gabinete.

El español se levantó, y Roumigas le introdujo en el santuario: era una habitación grande con dos ventanas; y en el centro de la pared, un crucifijo enorme abría sus brazos como en un tribunal. A los brujos ó hechiceros les agrada poner la figura de Jesucristo como emblema: de este modo los campesinos se tranquilizan más que si vieran los cuernos de Satán.

Roumigas invitó al español á quitarse su faja amarilla.

— ¡Siempre la tejedora!, murmuró con expresión meditabunda, después de olfatear aquella prenda.

Pocas preguntas hizo; mandó al hombre sacar la lengua, escupir y toser, y acabó por aconsejar á su cliente — aquejado tan sólo de una simple enfermedad cutánea — que mandase quemar, en un fuego con laurel bendito, cuanta ropa le hubiese dado la tejedora maligna, excepto dos vendas de lino puro, que era preciso coser en cruz y colocar á media noche

delante de la puerta de la casa de aquella mujer, diciendo en voz baja: «¡Recaiga en ti y en los tuyos el mal que me has dado!»

Por esta consulta, el español dejó discretamente dos pesetas sobre la chimenea del Sr. Roumigas.

— ¡Eh! Según el tipo del cambio, esas monedas no representan más que treinta y dos cuartos cada una, pensó el hechicero, acompañando á su cliente hasta la puerta. ¡Ya verás si otra vez te doy fórmulas de este calibre!

Mariana Crabot entró después para enseñar su torcedura.

— ¡Eh, no hay mal en esa pierna!, pensó. ¡Vamos á curarla muy pronto!

Sin embargo, para enseñar á la comadre á no hablar tan alto en lo futuro, le ordenó el tratamiento que se aplica en el Bearn á todas las torceduras de los campesinos acomodados, y que consiste en hacerse vendar la pierna enferma nueve veces seguidas por una mujer que haya tenido dos gemelos.

El anciano y el chico se presentaron después: el muchacho tenía el ánimo perturbado por los cuentos fantásticos que sus padres referían tan á menudo por la noche; y durante sus sueños, creyéndose transformado en animal, ladraba, saltaba en su lecho, y hacía así, al decir de su abuelo, el aprendizaje de duende.

— El otro día, murmuró el anciano confidencialmente, Laroque le dió unas pastillas.

— ¿Laroque el contrabandista?

— Sí, Sr. Roumigas.

— ¡No hay error, pensó el hechicero, para las tres cuartas partes de las personas que le conocen, Laroque es brujo!

Y abrió un voluminoso libro, en el cual se hallaban consignados la mayor parte de los sortilegios más conocidos en el país y donde había anotado algunos otros de su invención.

— Claveteará usted los zuecos del chico, dijo al anciano, con clavos que hayan servido para herrar un caballo.

— Ya lo hemos hecho, y no se ha conseguido nada.

— Pues entonces, repuso Roumigas, después de consultar otra vez su libro, pondrá usted clavos que se hayan empleado para herrar un burro.

— ¡Gracias, señor; Dios le recompense por sus bondades!

A la mujer que había perdido tres carneros en la montaña, se le ordenó que se presentase de nuevo al día siguiente con tres vedijas de lana de los tres animales.

— ¡Pero yo no tengo eso, señor!

— Pues entonces será preciso traerme tres briznas de hierba que haya crecido en el sitio mismo donde los carneros se perdieron.

La buena mujer concentró su pensamiento un instante é hizo una señal afirmativa.

— Bueno, señor, repuso; voy á pedir eso á mi marido. ¡Muchas gracias!

Al campesino que tenía un orzuelo, Roumigas le impuso el tratamiento ordinario; es decir, hacerse todas las noches una cruz en el ojo enfermo hasta que curara del todo.

A la campesina cuya vaca padecía por efecto del mal de ojo, preguntóle si el animal se quejaba por la noche.

— Sí, señor, contestó la mujer; algunas veces muge de tal modo que da miedo.

— Pues bien, dijo Roumigas, es preciso encender una vela bendecida, colocarla en un rincón del establo y ocultarla con una medida para granos boca abajo; cuando la vaca deje oír su primer mugido levante usted aquélla de pronto, y si la operación se ha ejecutado bien, la bruja que hizo mal de ojo á la vaca se quedará en los cuernos del animal.

Después de todas estas diversas consultas, Roumigas encontró sobre la chimenea la cantidad de siete pesetas, una de ellas falsa.

— ¡Debe ser de la mujer de los tres carneros!, se dijo Roumigas. Me parece que esa no respeta mucho á los espíritus.

Roumigas guardó aquel dinero y esperó, algo nervioso, la llegada de Emilio Montguillem.

El hombre se presentó al punto; era un mocetón muy huesoso, de rostro enjuto, en el que sobresalían mucho los pómulos y cuya laringe tenía dimensiones exageradas; la mirada de sus ojos negros era inquieta y recelosa; y como apenas tenía barba, parecía que su rostro se hubiese acortado por su parte inferior. Cuando andaba, el busto debía inclinarse sobre sus largas piernas, y aunque el hombre no hubiese cumplido aún treinta años, parecía un anciano.

— ¡Jacobita tendría bonito cuñado!, pensó Roumigas, mirando de reojo á su cliente.

Emilio, con su ordinaria timidez, daba vueltas á la boina entre sus manos.

(Continuará)

ALEJANDRO SCHNEIDER

Y SUS OBRAS

Hace poco tiempo llamaron poderosamente la atención en Dresde unos cartones expuestos en el salón del comerciante en objetos de arte Lichtenberg; su



El célebre dibujante alemán Alejandro Schneider

autor era desconocido para la generalidad del público, habiéndose averiguado que se trataba de un joven artista ruso-germano, llamado Alejandro Schneider, que había hecho sus estudios en la Academia de aquella ciudad y especialmente bajo la dirección del célebre Leonardo Gey, recientemente fallecido.

Lo que en primer término excitaba el interés en aquellos dibujos de concepción atrevida y ejecución segura, eran los asuntos que representaban. Que hoy en día no se puede pintar ningún cuadro de santos, ningún lienzo de carácter religioso, es cosa que los versados en bellas artes consideran axiomática y por ende indiscutible: cada vez que vemos instalar un nuevo ventanal en un templo ó figurar entre las desnudeces de nuestras exposiciones alguna imagen de una virgen, oímos exclamar á algunas personas competentes «¡Cuán vano, cuán convencional! Es imposible ya pintarestas cosas, porque ya no se cree en ellas.» Y ese juicio desdeñoso suele terminar por una invocación á Perugino y á Rafael, pronunciada con acento elegiaco y entre suspiros. Y aunque el pintor de santos se llame Gebhardt ó Uhde, la conclusión, con más ó menos variantes, viene á ser en definitiva la misma, y apenas si se toman como cuadros religiosos serios sus grupos de obreros y de labradores. «¡Esto no es más que un convencionalismo disfrazado!» exclaman aquellos críticos. «¡Hacen ver que creen en lo que pintan!»

Pero cosa rara; delante de los citados cartones

expuestos en el salón Lichtenberg no se oía nada de esto, á pesar de que los mejores de ellos representaban temas religiosos: el joven Schneider, que cuenta sólo veinticuatro años, había reducido á silencio á todos los que ejercen de aristarcos cursis en materias de bellas artes.

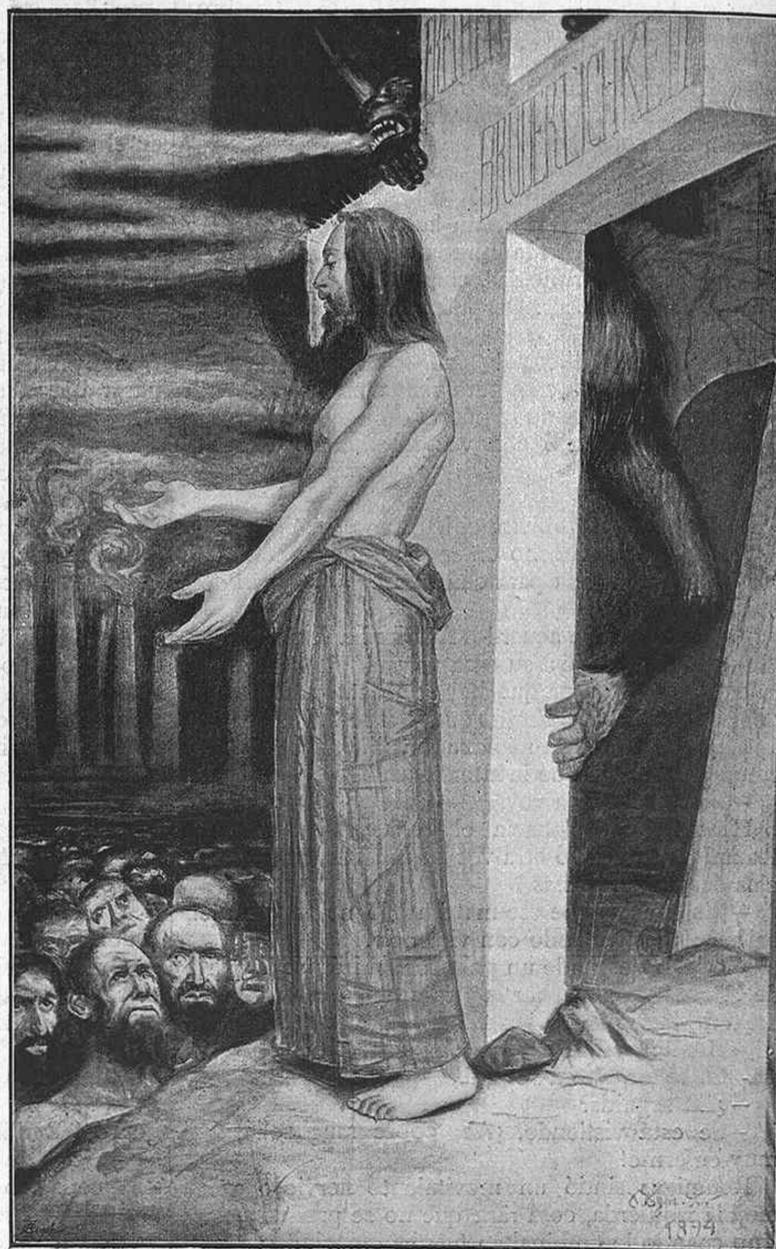
Había entre aquellas obras un gran cartón, titulado *Otra vez frente á frente* (1): en él se veía á Jesucristo sentado, presidiendo el juicio final, y arrodillado delante de él á Judas, el que le vendió, tendiendo con ademán de indecible tormento la bolsa con los treinta dineros de plata, como si dijera al Hijo de Dios que se la quitara de las manos.

Desde luego puede afirmarse que ya la idea de esa escena es grandiosa y completamente nueva. ¿Habríase creído posible una cosa tal? Pero aún hay más. Al lado de aquél, otro dibujo, titulado *Una cosa es necesaria...*, representaba á Cristo predicando al pie de la cruz el Evangelio de la indulgencia y del amor al prójimo; la muchedumbre, cuyas innumerables cabezas se pierden en lontananza, contéplale con esa expresión de embrutecimiento propia de la ignorancia en que vive, sin que llegue á comprender las palabras del Maestro, cuyo puro aliento envenena con su soplo el demonio de la falsa interpretación que en forma de mono monstruoso permanece detrás del Salvador agarrado á la cruz. Este es otro pensamiento nuevo y presentado de una manera altamente original.

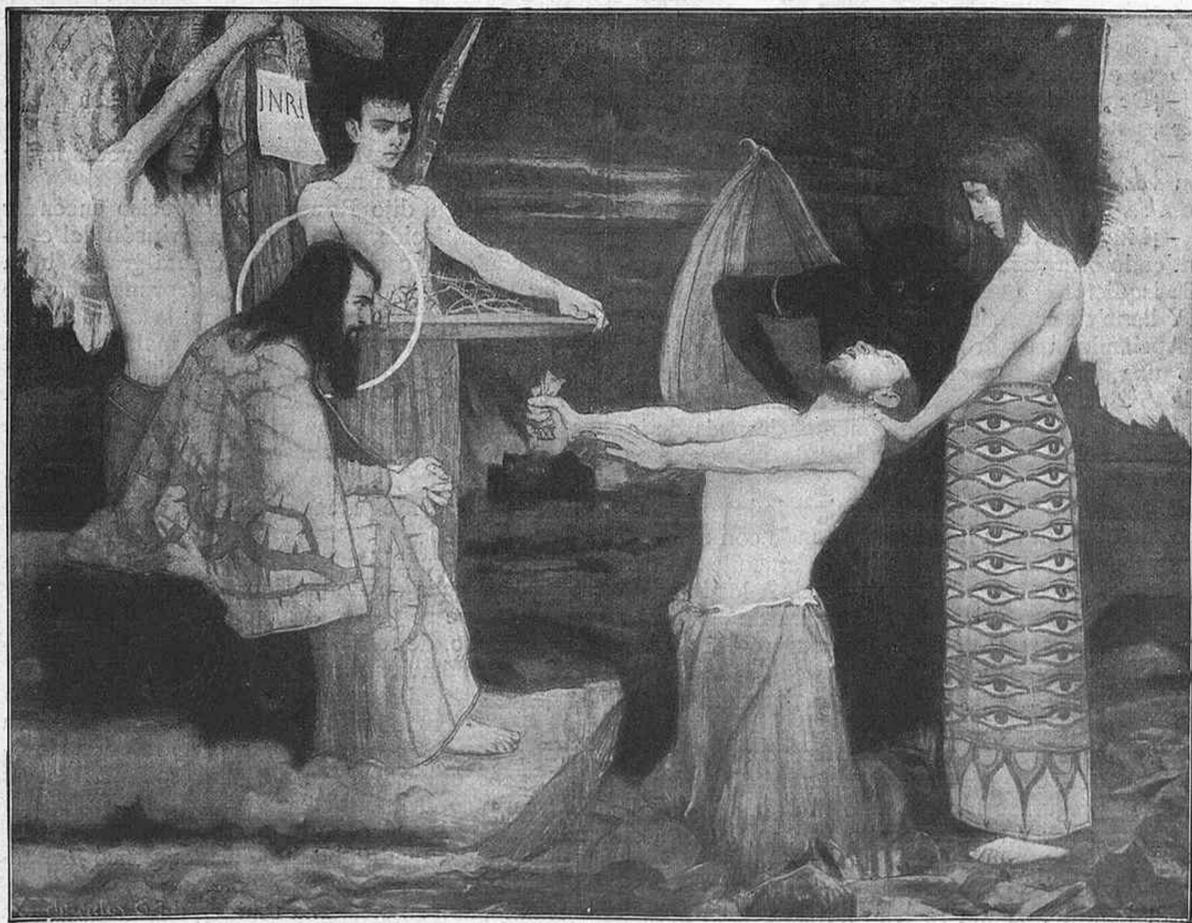
Mas no es esto todo, sino que después de estos dos admirábase en aquella exposición otro cartón, también de asunto religioso, no menos sorprendente que sus compañeros: en él se veía á Judas caminando por entre espinas que le destrozan las carnes, con la cabeza caída y clavada la vista en una blanca y resplandeciente cruz que delante

(1) El título del cuadro es, en el original, *Ein Wiedersehen*, palabra que no tiene equivalente entre los sustantivos castellanos y que literalmente significa la acción de volverse á ver. En la imposibilidad de dar de ella una traducción exacta y bastante expresiva, nos ha parecido que *Otra vez frente á frente* es la frase que en nuestra lengua más se aproxima á la idea que tan admirable y concisamente expresa el título alemán y que tan gráficamente explica el pensamiento del autor del dibujo. — (N. del T.)

de él se alza: el suelo que pisa brilla de un modo extraordinario porque está empedrado de monedas de plata; y á lo lejos, envuelto en un nimbo de luz, distínguese al ángel de la Justicia.



UNA COSA ES NECESARIA..., cartón dibujado por Alejandro Schneider



OTRA VEZ FRENTE Á FRENTE, cartón dibujado por Alejandro Schneider

Después de esto conviene preguntar: ¿se habrán equivocado los antes citados críticos artísticos? Porque, á lo que se ve, á pesar de ellos y dejando á un lado á Hofmann y á otro á Uhde, pueden hoy en día pintarse cuadros religiosos con tal que el artista sepa lo que se trae entre manos.

Pero ¿es que el pintor ha de suscribir en todas sus partes al símbolo de la fe y al catecismo? De ser así resultaría que al fin y á la postre el hombre más devoto sería el mejor pintor religioso. Hay, pues, que confesar que tal condición no es indispensable. El artista ha de creer ciertamente en algo, mas no únicamente en las letras de la religión, en el dogma, sino en la fuerza de su propia fantasía: ha de creer que las creaciones de su imaginación pudieron vivir tal como él las ha visto en su espíritu. ¿Cree, por ventura, Böcklin en centauros y sirenas? ¿Cree Klinger en el esqueleto que con su guadaña mata á los hombres? ¿Cree Stuck en sátiros? Parece que no.

Y sin embargo nos recreamos contemplando estos seres fabulosos que el arte inventa; admiramos á los artistas que nos los presentan en formas corpóreas ante nuestros ojos, y nos reímos del gran naturalista que hace poco dijo que los centauros son creaciones artísticas desagradables, porque no han existido nunca en la naturaleza.

Una cosa realmente se necesita en esas representaciones de seres y escenas ideales, y es que el autor comprenda hasta en lo más hondo el tema que trate. Precisamente aquel que se atreve á sustraernos á la realidad y llevarnos á la región de su fantasía es quien más ha de conocer la naturaleza y más por completo ha de dominarla; pues de lo contrario, sólo producirá fantasmas huecos y ridículas caricaturas. De aquí que la impresión intensa que causan los cartones de Schneider se deba, no sólo al pensamiento original que entrañan, sino principalmente á la adecuada expresión plástica que el artista ha sabido darle. Schneider es un excelente observador y un dibujante seguro, y gracias á estas cualidades puede aventurarse á tratar los asuntos religiosos y simbólicos que nos presenta. La cabeza del Cristo de su *Otra vez frente*

á frente merece las mayores alabanzas: en ella nada hay convencional, nada de lo que mil y mil veces hemos visto, y en ella se juntan la vida intelectual y una expresión momentáneamente fijada con la dignidad del Juez Supremo.

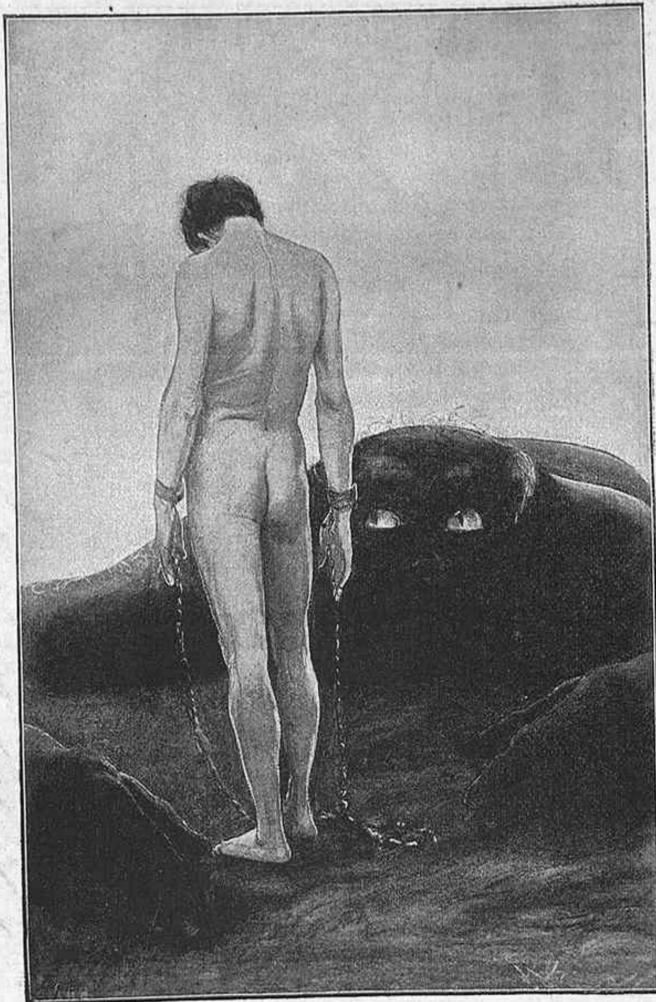
El Judas caminando entre espinas es una muestra elocuente de cómo Schneider domina el desnudo.

Otras dos figuras sueltas merecen ser especialmente mencionadas: una titulada *El sentimiento de la servidumbre* representaba á un hombre desnudo y encadenado que deja caer los brazos con desaliento, porque un negro monstruo, echado delante de él en el suelo, espía y domina todos sus movimientos; la otra nos presenta un *Anarquista* en la forma de un hombre que arroja una bomba á un palacio asirio de mil años de existencia y envuelto entre tinieblas.

En otro de sus cartones vemos el vigoroso contraste entre el cuerpo desnudo de un adolescente y la sombría figura de un caballero armado de todas armas; y en los *Genios de la Historia* ha tomado Schneider pretexto de este tema para ofrecer los efectos de luz, de abajo arriba, sobre varios cuerpos humanos sentados y de pie.

Hermosa y monumental es la figura del *Señor del mundo*, caudillo oriental semidesnudo, de luenga barba negra, que cruzado de brazos se alza sobre alto pináculo, mientras en la pared que debajo de él se extiende aparece en pálidos contornos la trágica imagen del Redentor crucificado.

Acabamos de escribir la palabra que caracteriza el rasgo fundamental de los cartones de Schneider: monumental. En efecto, todos tienen algo de monumental, así en el tema tratado, como en su representación plástica, como en la majestad con que se mueven sus figuras. Respecto de este último punto de vista merece consignarse que Schneider no quiso exponer con los otros un hermoso cartón, *Cristo á la entrada del infier-*



EL SENTIMIENTO DE LA SERVIDUMBRE, cartón dibujado por Alejandro Schneider

no, por la razón única de haberle parecido demasiado trivial el movimiento de los personajes.

En medio de tantas alabanzas no podemos menos de formular una pregunta que se hicieron cuantos visitaron atentamente aquella exposición y que se harán sin duda los que estas líneas lean, á saber: ¿es Schneider tan excelente pintor como dibujante?

De momento nos es imposible dar á esto respuesta, pues de este artista hemos visto muy pocos estudios pintados. Algunos cartones, como por ejemplo *Otra vez frente á frente*, producirían gran efecto animados por el color; pero en otros, en cambio, el artista se vería obligado, si los pintara, á suavizar algo el elemento fantástico, espiritual, porque el cuadro está más estrechamente subordinado á la naturaleza que el dibujo.

Aunque nacido en San Petersburgo, Alejandro Schneider no es de origen eslavo. Su padre, Rodolfo Schneider, muerto hace diez años, fué uno de los fundadores de las «Comunicaciones gráficas suizas» y un artista importante. El joven Alejandro, que hoy cuenta veinticuatro años, al morir su padre trasladóse á Dresde con su madre, y demostró desde muy niño excepcionales aptitudes para el dibujo; pero como contaba con muy escasos recursos, sus naturales disposiciones no pudieron desenvolverse sino entre penalidades, y no pocas veces el frío intenso del invierno y los abrasadores calores del verano, le obligaron á suspender los trabajos que realizaba en su pobre y desmantelada vivienda. Pero nada pudo vencer su fuerza de voluntad y su amor al arte. Sus parientes le ayudaron y el pobre artista pudo terminar sus estudios.

Ahora se ha elevado de repente á la altura de un gran hombre á quien la prensa celebra, las Asociaciones artísticas nombran miembro de honor, y que puede mirar tranquilo y alegre el porvenir, olvidando los sufrimientos pasados.

(De la revista alemana *Moderne Kunst*)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anémia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteración de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas y escorbúticas*, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el *Vigor*, la *Coloración* y la *Energía vital*.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm. 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

EL APIOL
DE LOS DOCTORES
JORET Y HOMOLLE
Rue de Valenciennes, 150, París

APIOL
REGULARIZA LAS EPOCAS.
IMPIDE LOS DOLORES.
RETRASOS, SUPRESIONES, &c.

Dosis: una ó dos capsulas mañana y tarde.
FRASCO 4/60.-TODAS FARMACIAS.

PARA ENTENDER LA FORMA DE ESTO, EXIJA EL APIOL DE LOS DOCTORES JORET Y HOMOLLE.
MEDALLA de ORO, Exposición de ANVERS 1894.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART. EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE SUPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS y PENOSAS
FALTA DE APETITO
y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestionen curados ó prevenidos. (Rotulo adjunto en 4 colores)

PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias.

VERITABLES GRANS de Santé du docteur FRANCK

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CYCLES IMPERATOR
DUGOUR Y C.ª, Constr.
81, Faubourg, Saint-Denis, en París
Velocipedos de precision
Excelentes neumáticos. Fr. 225

Catálogo gratis. - Exportación

MAREO PELAGINA

RESULTA DOS COMPLETOS en el mayor número; ALIVIO SEGURO en los otros.

IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. En frascos, frascos 5, 3 y 1 fr. 50

E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, PARIS,
y en las principales Poblaciones marítimas.
MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
Con Ioduro de Hierro Inalterable.

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMOS
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.

Exigir la Firma y el Sello de Garantía. - Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

Solucion BLANCARD
Comprimidos de Exalgina

JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES UTERINOS, MUSCULARES, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Madagascar.-Proclamación de la guerra en Antananarivo, después de la retirada del residente francés

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disponen casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEPÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso
 50c y 1.00
 81 St-Denis, 18

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores
 Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base
 de goma y de ababoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia
 contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO,
 BRONQUITIS,
ASMA
 y toda afección
 Espasmódica
 de las vías respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y C^{ia}, P^{os}, 102, R. Richelieu, Paris.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida cura-
 cion de las Afecciones del pecho,
 Catarros, Mal de garganta, Bron-
 quitis, Resfriados, Romadizos,
 de los Reumatismos, Dolores,
 Lumbagos, etc., 30 años del mejor
 éxito atestiguan la eficacia de este
 poderoso derivativo recomendado por
 los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Selne.

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS DE DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo
 necesitan. No temen el asco ni el cau-
 sancio, porque, contra lo que sucede con
 los demas purgantes, este no obra bien
 sino cuando se toma con buenos alimentos
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café,
 el té. Cada cual escoge, para purgarse, la
 hora y la comida que mas le convienen,
 segun sus ocupaciones. Como el causan
 cio que la purga ocasiona queda com-
 pletamente anulado por el efecto de la
 buena alimentación empleada, uno
 se decide fácilmente á volver
 á empezar cuantas veces
 sea necesario.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por
 todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores
 y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar
 la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de
 los intestinos.
JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon,
 la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, con-
 vulsiones y tos de los niños durante la denticion, en una palabra, todas
 las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de **GÉLIS & CONTÉ**
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Ergotina y Grageas de **BERGOTINA BONJEAN** HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energetico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN